

Este capítulo forma parte del libro:

***La experiencia vital femenina en la
academia mexicana contemporánea.
Repensar el género en diálogo desde
la autoetnografía***

**Susan Street
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Centro de Investigaciones y Estudios Superiores (CIESAS)
- El Colegio de San Luis

País: México

Año: 2025

Páginas: 380 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-15-0 (UAA)
978-607-486-759-6 (CIESAS)
978-607-2627-49-9 (COLSAN)

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-15-0>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/341>

LA SORORIDAD ACADÉMICA Y EL FEMINISMO SILENCIOSO COMO EXPERIENCIA DE REFUGIO SUBYACENTE A LA POSTURA DE RESISTENCIA AL NEOLIBERALISMO MEXICANO

SUSAN STREET
(CIESAS-OCCIDENTE)

Recogemos texturas e hilos y telas del ser para darles forma en algo que
esperemos sea profundo y nutritivo (según nuestro tiempo y espacio):
lazos de interacción humana entre el *self*, el otro, el mundo material,
el planeta y el espíritu.¹

Lorri Neilsen Glenn (2011: 108) en Downing (2016: 240)

INTRODUCCIÓN

El epígrafe constituye una aplicación justa para este texto debido a que la autoetnografía es una mirada subjetiva que observa y reflexiona sobre cómo tejemos narrativas acerca de los aprendizajes experienciales al hacer investigación en las ciencias sociales y las humanidades. Como una apuesta teórico-metodológica, la autoetnografía atraviesa espacios

¹ “We gather textures and threads and fabrics of being and shape them in our own time and place into something we hope is deep and sustaining: ties of human interaction with self, other, the material world, the planet, and spirit”. Con la excepción del libro de Silvia Bénard (2019), todas las traducciones de inglés al español son propias.

y tiempos mediante hilos que relacionan sucesos y sus interpretaciones en tejidos de escritura de múltiples géneros y desde formaciones disciplinarias interrumpidas que crean texturas irregulares con sentidos sorprendentes las más de las veces. Es un tejer artesanal que combina hilos y telas en un telar de distintos grosores y colores: la narración de capas que propone Carol Rambo (1995), por ejemplo, desafía la autoridad de la ciencia, así como de la tecnología, y se remite al fluir de la conciencia que atraviesa sueños, recuerdos, imaginaciones y datos de la memoria personal, siempre social e históricamente configurado. En palabras de Rambo (en Bénard, 2019: 124):

La forma narrativa tradicional de la ciencia alimenta forzosamente un entendimiento particular del mundo del lector, haciéndose pasar por el conocimiento del mundo. La narración en capas ofrece un esbozo impresionista que da a los lectores una diversidad de experiencias en la que ellos pueden llenar los espacios y construir una interpretación de la narrativa del escritor.

Desde la concepción interaccionista de Albert Schutz (1970), Rambo puede hablar de la autoetnografía como una *experiencia dialéctica* porque emerge “de la multitud de voces reflexivas que producen e interpretan simultáneamente un texto [...] lo que permite a los etnógrafos ‘salir’ de la forma convencional y ampliar los tipos de conocimientos que ellos se autorizan a expresar” (Bénard, 2019: 125) En otras palabras, desde el enfoque autoetnográfico, se tejen los hilos de muchas voces interiores en diálogo entre sí, con discursos teóricos a la vez que metodológicos dependientes del fluir de la mente-cuerpo a la pluma ante una infinidad de saberes y conocimientos, algunos de ellos apropiados y más a la mano que otros escondidos entre los pliegues de la memoria.

Otro acercamiento a la autoetnografía usa las agujas de la literatura para expresar los sentidos captados durante el ejercicio de la escritura, que luego puede ofrecerse como una apertura a innumerables lecturas o simplemente resultar en la exposición verbal de algunas, dependiendo de las maneras de compartir la lectoescritura. Para este trabajo, eché mano de autores (la mayoría mujeres) cuyas obras me han formado en este arte narrativo que se desarrolla en sintonía con la capacidad

reflexiva aplicada, complementada por el compromiso por articular la memoria individual y colectiva, la personal y la sociocultural. La creatividad narrativa acontece por la necesidad de escribir cómo uno se va apareciendo, exponiéndose en determinadas vivencias, dejando huellas abiertas a la introspección que podrá ser –o no– documentadas al consultar los archivos personales e institucionales. Como dijo Carolyn Ellis en un taller del International Congress of Qualitative Inquiry (ICQI) en 2016, la autoetnografía exige e incita a resucitar determinados aspectos de la memoria, lo que es llevar una praxis de recordar y documentar las circunstancias y los tiempos de la memoria susceptible de interrogación.

Fiel a la etnografía de ser una teoría no sólo de recopilación de información y de construcción de datos, es sobre todo una visión interpretativa de los datos (Guber, 2004); así también, la autoetnografía, al autorizarse herramientas diversas para indagar sobre las historias creadas por nosotros y por otros, con un compromiso de tejer entre los planos personales y los socioculturales con una atención que reconoce que siempre hay múltiples verdades a la vez que uno se esfuerza por sostenerse en una ética de honestidad que se manifiesta en los textos que uno escribe (Ellis *et al.*, 2010).

La escritura autoetnográfica en este capítulo fue posible debido a anteriores intentos por delinear y objetivar una trayectoria académica.² Gracias a estos antecedentes, uno de los que pronto será publicado por el CIESAS, quise evitar reproducir la forma tradicional cronológica de la trayectoria laboral para este trabajo, lo que me permitió profundizar más en las historias marcadas por el tema del género. En realidad, mi punto de partida para este capítulo son los dos seminarios con mujeres³

² El primer intento fue en 2015 para una conferencia en el Seminario Interdisciplinario de Investigación Narrativa coordinado por mi colega en el CIESAS-México, Mercedes Blanco, justo antes de un año sabático dedicado a revisar enfoques autobiográficos y autoetnográficos. Y regresando del sabático, el segundo intento fue el capítulo “El campo de la educación como espacio constitutivo de sujetos guardianes de lo público: los maestros *disidentes* de la CNTE y las maestras *luchadoras sociales*” (Street, 2024).

³ El Seminario de Escritura Autoetnográfica “La Ovularia” comenzó a principios de 2017 con siete académicas jóvenes reunidas para compartir ensayos personales durante alrededor de seis reuniones al año, hasta 2020, cuando se logró una participación colectiva en una mesa de trabajo en LASA2020, ponencias que se publicarían como artículos poco después (Koeltzsch, 2021). El otro seminario con orientación

que describí en la introducción a este libro. El Seminario “Las Ocho” fue el contexto directo para la producción de los capítulos de este libro, mientras que el Seminario “La Ovularia” gestó varios de los ensayos que reproduzco en estas páginas, a modo de ilustrar la relevancia del título de este capítulo. Considero el título como un producto de la manera en que logré comprender que la postura política explícita en mis investigaciones sobre el magisterio democrático de ‘resistencia ante el neoliberalismo mexicano’ contenía (de forma subyacente y poco consciente) una postura que pienso ahora como ‘sororidad académica y feminismo pasivo.’ Este trabajo teje, entonces, estas dos capas a modo de visibilizar la capa menos conocida ‘de refugio’ que termina por desplazar el discurso político ‘de resistencia’ más conocido en mi carrera académica. Con ello busco visibilizar la potencia del enfoque autoetnográfico como una herramienta (auto)crítica que enriquece la apropiación de elementos subjetivos muchas veces no reconocidos en las transformaciones de posturas, visiones y metodologías de la investigación en las ciencias sociales.⁴

La primera sección explora las razones por las cuales considero haber fracasado inicialmente en estructurar un eje teórico-metodológico que pudiera capturar ciertos momentos significativos de la carrera académica tanto durante la trayectoria como antes de ella. Y después justifico lo que considero un mejor posicionamiento con el cual elaborar este texto; los dos acercamientos tienen que ver con la sororidad y las condiciones institucionales de género que caracterizan el trabajo académico. Incluyo esta sección porque es ilustrativo, por un lado, de la importancia de la colaboración entre pares en los dos seminarios autoetnográficos que coordiné, y por otro, porque demuestra el tomar en serio

autoetnográfica comenzó en mayo de 2018 como un proyecto intitulado “Género y trayectorias académicas en las IES”, y se desarrolló durante la organización de tres seminarios en las sedes de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, El Colegio de San Luis, A.C., y el CIESAS-Occidente, para culminar con la entrega de siete capítulos de libro a principios de 2020. Los dos seminarios se dieron de manera casi simultánea durante los años de 2017 a 2020.

⁴ Michael Herzfeld (1997: 181) argumentaba que se debe pensar la etnografía como “la realización social de uno mismo”, y así caeríamos en cuenta de que las narrativas interpretativas que creamos son criaturas de nuestros propios eventos psíquicos, que refleja propia narrativa (*story*) más que las de los otros. Gracias a esta lectura de Herzfeld, a finales de los años noventa empecé el largo proceso autocrítico hacia mi propia obra, lo que resultó en una apertura hacia los estudios de género.

la necesaria flexibilidad y tolerancia ante las sugerencias de las lectoras a la vez que ante las permanentes revisiones y reescrituras que requiere la autoetnografía. Sí, a veces uno toma la pluma por un momento catártico o por un momento revelador eufórico, pero también se debate uno entre plasmar en el papel o no ciertos detalles incómodos, exponerse o no y cuál voz interior o exterior utilizar para comunicar el mensaje.

Entonces, en este trabajo delinee una trayectoria académica comprendida en sus grandes trazos, por lo que en la segunda sección reviso brevemente las dos líneas de tiempo explorados con antelación: una periodización lineal que sitúa la obra de investigación publicada (2003) y otra expresión gráfica circular de cuatro grandes etapas sustantivas de las temáticas exploradas a lo largo de la trayectoria académica, incluyendo una etapa que abarca desde el nacimiento hasta los estudios universitarios (2015). En esta sección pongo énfasis en las modificaciones realizadas en la concepción de los objetos y sujetos de la investigación, así como en las temáticas abordadas y las funciones asumidas por quienes nos asumimos “profesor-investigador” en las ciencias sociales mexicanas. También caracterizo las condiciones personales y profesionales de trabajo y de vida que subyacían en las decisiones relevantes a los quiebres que cambiaron los rumbos y los tiempos de las investigaciones. El telón de fondo es la frase que incluí en el título del capítulo, a saber, si he de caracterizar la trayectoria, no podía faltar la afirmación de que la investigación realizada, sobre todo durante los primeros veinte años en el CIESAS, ha sido desde una postura opositora a las políticas neoliberales aplicadas en el sector educativo, incluyendo la educación superior y de posgrado. Esto para mí es un hecho dado que no examino aquí de manera expresa; es una especie de enunciado incuestionable, que apareció justificado en todas y cada una de las publicaciones con mi nombre.⁵

⁵ Me asumí a favor de los movimientos sociales de resistencia y de oposición a las políticas educativas neoliberales aplicadas en América Latina, en particular en México; me uní a las voces de sindicalistas magisteriales que luchaban por “un proyecto educativo alternativo” centrado en la condición histórica de gratuidad de la educación pública (Street, 2000). Véase la periodización y las obras publicadas sobre el movimiento magisterial entre 1983 y 2003 en la liga <https://occidente.ciesas.edu.mx/maestros-en-movimiento/>

La tercera sección, de transición, repasa rápidamente varias aproximaciones específicas al enfoque de género a lo largo de la trayectoria académica; esto, para subrayar la vuelta importante hacia la preponderancia reflexiva y autorreflexiva durante los años más recientes. Estos párrafos contextualizan la importancia del género como herramienta de análisis convertida luego en diversos ejercicios narrativos durante los dos seminarios dedicados a explorar la narratividad compartida entre mujeres activistas y académicas.

En la cuarta sección recreo tres relatos con el fin de ejemplificar la importancia de la experiencia de la sororidad en mi vida, primero como adolescente (1968-71), luego al estrenarme en el Área VIII “Antropología de la Educación” los primeros seis años de laborar en CIESAS (1990-96), y luego ejemplifico tres vínculos con mujeres informantes particulares al imaginarlas dialogar entre sí sobre sus vínculos conmigo. Esta sección anticipa la quinta sección, dedicada a “los silencios y las ausencias en mis textos autoetnográficos”, que surgió como una especie de revisión autocrítica hacia el poco caso que he hecho a un posicionamiento expresamente feminista. Pero también esta mirada hacia lo no dicho identifica una ausencia en la falta de historias sobre la niñez y la adolescencia, y pondera las razones por ello. Comparto la manera en que logro romper el veto hacia mirar a cuestiones del pasado que han afectado la timidez con la cual caracterizo mi postura frente a los feminismos de hoy en día.

La quinta sección reproduce, entonces, partes de dos ensayos míos que fueron leídos y comentados por las mujeres *ovularias*; en seguida de cada relato, agregó una reflexión más actual para sugerir cómo leerlo en el contexto de este libro.⁶ Esta sección estrena una narratividad íntima que busca integrar varias capas de reflexividad hiladas de tal manera que ofrezcan algunas hipótesis sobre el “feminismo silencioso” desde la cual he trabajado durante prácticamente toda la carrera académica. Concluyo con una reflexión final que ojalá sea una apertura a futuras indagaciones autoetnográficas.

⁶ Caroline Ellis (2009) llama esto “revisionismo”: lo hace al reproducir algunos de sus artículos que luego revisa desde su presente para retomar debates y agregar elementos contextuales que surgen tras el paso del tiempo.

APROXIMACIÓN INICIAL AL TEMA DEL GÉNERO EN LA TRAYECTORIA ACADÉMICA: UN COMIENZO FALLIDO Y UN REPLANTEAMIENTO

En un borrador anterior a esta versión, centré la idea del capítulo en la forma misma del círculo al proponer usar el término *círculo de mujeres* como una metáfora de la potenciación de los poderes productivos femeninos. El intento de elaborar lo que llamaba “la vitalidad colaborativa como patrón de género” finalmente no tuvo éxito, en parte porque yo aprovechaba teorizaciones sobre los círculos de mujeres del movimiento New Age hechas por otras y basadas en sus investigaciones empíricas,⁷ a la vez que destacaba algunas de mis experiencias pasadas de juventud que me parecían prefigurar los seminarios actuales.

No esperaba que la reescritura de la primera versión de este texto fuera a sucumbir ante las sugerencias de las compañeras del grupo de las Ocho, pero algo pasó entre esas lecturas críticas al segundo borrador (en octubre de 2019) y mi propia relectura del texto varios meses después (en febrero de 2020). En ese tiempo de seis meses, me iba inquietando más y más lo que ya veía como una actitud excesivamente positiva y afirmativa a la hora de destacar sólo el movimiento en mí hacia un patrón de relación circular. Varias de las compañeras de las Ocho veían un esencialismo subyacente en (mi insistencia en la relevancia de) las construcciones circulares; tal vez ésa fue la observación que más me movió el tapete. ¿Abordajes esencialistas? ¿Construcciones voluntaristas? ¿Cómo? Sí me pegó duro, tan así que la crítica amable de las compañeras se hizo autocrítica dura, lo que resultó en el abandono de la figura del *círculo de mujeres*. No bastaba definir mejor qué entendía por este término, y tampoco tenía mucho sentido tomar prestada la teorización

⁷ Entiendo por *círculo de mujer* la organización convocada por una líder a un grupo de mujeres, quienes participan activamente en rituales dirigidos hacia ejercer mayor conciencia de sí mismas como una fuerza cósmica positiva de transformación social. Me baso sobre todo en la tesis de doctorado de Gisela Valdés (2017: 8), para la cual fui directora, y en el libro de María de Rosario Ramírez Morales (2020: 23), quien escribe que “los círculos son organizaciones femeninas que surgen en los márgenes de las religiones y espiritualidades hegemónicas, teniendo como principal intención la transformación de las mujeres y sus roles sociales a través de la reflexión de lo que se entiende y se encarna como lo femenino desde una clave espiritual”.

sobre el fenómeno de los círculos de mujeres como movimiento globalizado de New Age. Finalmente, reconocí que si lo que quería afirmar era mi búsqueda por explorar “la vitalidad colaborativa” en grupos de mujeres académicas y activistas, no haría falta agregar la etiqueta de círculo de mujeres para calificar mis propias añoranzas; mucho menos tenía sentido hacerlo si el uso del término terminaba sobredimensionando las bondades colaborativas entre mujeres, si el costo era ignorar las dificultades y los conflictos que generaban. De esa relectura nació en mí una desconfianza hacia la eficacia de la metáfora circular; llegué a reírme de aquellas ocurrencias.

He de confesar que hablar de círculos de mujeres se me hacía natural no porque había participado expresamente en el movimiento New Age que los promueve; tampoco porque me declaraba militante ecofeminista, por más que he seguido la obra y vida de una de las fundadoras de dicha corriente feminista, Joanna Macy. Tampoco pretendía reivindicar expresamente la emancipación de la mujer, o la necesidad de su *empowerment*. Reconozco que la postura ecofeminista no ha sido un marco general de mi investigación, tanto como lo fue en un principio la investigación emancipatoria, entendida como una postura por apoyar a los grupos y los movimientos que se declaraban anticapitalistas al pugnar por alternativas de poder popular y sindicalismo democrático. Es decir, no he explicitado en mis escritos una postura de feminista, aunque uso perspectivas teóricas de varias mujeres que sí lo hacen. En relación íntima con esta declaración, tampoco he desarrollado mi línea de investigación original sobre los movimientos magisteriales democráticos partiendo de una teoría de género, probablemente porque durante mis estudios de posgrado privilegiaba una lectura más política que cultural sin abordar el género como categoría. No obstante, he ido profundizando en los estudios de género en distintos momentos de la carrera académica, siempre en diálogo con compañeras historiadoras de mujeres y de género.⁸ Gracias a la cercanía amistosa con ellas, he emprendido varios acercamientos a una gama de trabajos elaborados

⁸ Estoy en agradecimiento siempre con las Dras. María Teresa Fernández Aceves (2014), con Oresta López Pérez (2008) y Consuelo Patricia Martínez Lozano (2017) por compartir sus muchas recomendaciones bibliográficas, incluyendo su amplia producción académica arraigada en abordar centralmente las relaciones de género.

por quienes hayan seguido el ejemplo de la historiadora de género, Joan Scott (1996).

Para efectos de este proyecto colaborativo de las Ocho, al inicio me planteaba indagar narrativa y metafóricamente en la frase (círculo de mujeres) porque me parecía tan sugerente de formas horizontales y cooperativas, y tan potente para reconsiderar y reconfigurar subjetividades e intersubjetividades entre mujeres “entretejidas” en simpatías y empatías al compartir experiencias en contextos institucionales y comunitarias desiguales con respecto a las relaciones de género. Con la frase de “los círculos de mujeres como patrón de género” quería llamar la atención al contexto en México del espantoso aumento en los feminicidios y en la creciente irrupción de violencia de género en las vidas de las jóvenes en muchas regiones de este país. De cara a esta violencia, se me hacía urgente configurar una alternativa conceptual a los actuales patrones de género de la sociedad patriarcal,⁹ y qué mejor que esta alternativa fuera arraigada en movimientos y movilizaciones de mujeres que encarnan las espiritualidades femeninas a través de la apropiación de espacios circulares a la vez que de la ciclicidad femenina.¹⁰ Quería dejar constancia de la manera en que la colaboración en seminarios de mujeres contribuía a fortalecer la solidaridad y la sororidad entre mujeres. Una buena descripción de la sororidad, entendida por Marcela Lagarde (1997: 16)

⁹ La sociedad patriarcal es una sociedad basada en la dominación del hombre y la subordinación de la mujer; es un principio estructural de género que se manifiesta en configuraciones socioculturales específicas que generan patrones de discriminación y desigualdad en todos los ámbitos. “Los poderes de dominio son sociales, grupales y personales, permiten explotar y oprimir a personas y grupos y todo tipo de colectividades. Se concretan en procesos concatenados de formas de intervenir en la vida de otras/os desde un rango y una posición de superioridad (valor, jerarquía, poderío)” (Lagarde, 1997: 69-70).

¹⁰ “1) El círculo como geometría arquetípica evoca la no-dualidad, la complejidad; 2) El círculo es forma simbólica, material, relacional y experiencial del arquetipo igualitario: el círculo como espacio vivido donde todas (y todos) estamos a la misma distancia del centro y no hay jerarquías, es una experiencia que inspira sentimientos de seguridad y pertenencia; 3) En un círculo, en donde no hay autoridad, la mujer que convoca se nombra y posiciona al mismo plano que todas las demás, lo reconoce, expresa y anima a las demás mujeres para que así lo sientan; 4) Hay un fenómeno de co-creación, que entre todas juntas y cada quien ofrece, aporta, nutre el círculo y se hace una sinergia, de la presencia, la palabra, las actitudes y aptitudes de cada una y todas juntas” (Valdés, 2017: 120-122).

como “la hermandad entre mujeres”, como “un pacto político de género entre mujeres que se reconocen como interlocutoras”. En palabras de Gisela Valdés: “No hay jerarquía, sino un reconocimiento a cada una” (2017: 121). El valor de la sororidad (como estrategia para enfrentar la misoginia de la sociedad patriarcal) es que ofrece una apreciación positiva de género, permite dar la otra cara ante infinidad de situaciones cargadas con una sujeción negativa del ser mujer.

En suma, procuré no tirar al niño con el agua sucia: dejé fuera el uso del patrón de género circular y preferí retener la noción de la vitalidad colaborativa que considero está en el centro de la sororidad entre mujeres, aun entre mujeres que colaboramos para producir el conocimiento, quienes compartimos historias de nuestras autobiografías y de las biografías de otras (Bazant, 2003) y que pretendamos visualizar nuestras trayectorias académicas desde una experiencia apreciada desde la óptica del género. En palabras de la socióloga Carol Rambo al reseñar un libro de Carolyn Ellis, “para una autoetnografía, lo personal y lo profesional son una totalidad integrada y sin fisuras” (2006: 263).

Después de este largo pero necesario rodeo, por ahora permítanme anunciar mi beneplácito porque estos dos grupos de mujeres de mi presente autoetnográfico simplemente somos: en cada uno hemos creado todas juntas “una nosotras”, con prácticas consensuales con las cuales nos identificamos, con expectativas que canalizamos a este “ser colectivo” que piensa, que se piensa y que actúa en función de la imagen que cada quien va proyectando al grupo. Aun siendo dos grupos de mujeres muy diferentes, y que cada agrupación nació y creció en circunstancias distintas, los dos grupos se han ido (re)configurando al responder al impulso vital que emana del campo emergente de la autoetnografía, campo de la investigación narrativa que nos invita abrazar el desafío del sentir-pensar, del pensamiento no dicotómico (o complejo) y al reto de explorar nuevas fronteras ontoepistemológicas. Nos invita a “hacerlo experiencia”, y lo hemos hecho en el proceso colectivo de colaboración; esto vuelve comprensible lo que describe a continuación Amador Fernández Savater:

Un nosotros, es decir, no un público de votantes, de espectadores o de consumidores, sino una fuerza colectiva, una superficie sensible, una

nueva piel. *Un nosotros que no preexiste a sus operaciones, sino que se configura a través de ellas.* Y que puede incluir por tanto, quizá paradójicamente, a gente de distintas edades. A cualquiera que se sienta interpelado por esa apropiación, por esa creación de experiencia.

Hay una condición que comparten los dos seminarios de mujeres: a través de las experiencias de aprendizaje de trabajar juntas, de colaborar en proyectos que trascienden lo institucional a la vez que retraten sus limitaciones, se tocan las fibras sensibles del ser, como son los abordajes reflexivos sobre el vivir en estos años de múltiples crisis del capitalismo, y por tanto se construyen una conexión que podríamos caracterizar con un término de la amistad. La amistad ha surgido, en cada caso, desde un nuevo espacio de conversación donde se respeta a cada una, se le otorga la escucha atenta, se ejerce la empatía frente a las condiciones de vida y de trabajo disimilares, y se comparten no las mismas perspectivas ni enfoques, pero sí el afán de dialogar y disentir dentro de un marco instituido colectivamente. Richa Nagar, desde su postura feminista de colaborar a través de las alianzas transnacionales y en la coproducción de conocimiento, reflexiona lo siguiente:

Al hablar de amistades feministas, me refiero entonces a las relaciones que promuevan una evolución continua de nuestro ser y mente, de nuestros valores y visiones siempre en conversación con alguna otra sin sentirnos amenazadas por esa otra persona. Dichas amistades feministas tratan de los procesos imaginados y vividos a través de los cuales aprendemos a reconocer las fortalezas y los hallazgos de las otras, y mediante esto llegamos a confiar y amar a las compañeras con todo y las debilidades y los errores (2016: 508).

Les pido por un momento suspender juicio sobre el adjetivo *feminista*, porque ninguno de los dos grupos nos identificamos expresamente como un colectivo feminista. Mientras algunas mujeres individualmente sí se identifican como feministas, otras no; este punto de no acuerdo ha permanecido sin interrogarse mucho, lo que interpreto como una cierta tolerancia que fluye entre diversas posturas que no han sido puestas en duda; todo lo contrario, me parece que esta aceptación (sin

respingar) apunta a una de las bases fundamentales que nos permite colaborar, expresando o no las adhesiones preferidas. Y esto, creo, tiene que ver tanto con las experiencias en la academia que compartimos como con las historias distintas de vida frente a la sociedad patriarcal: en cada grupo hubo quienes abordaron las vivencias partiendo de estructuras predominantemente matriarcales. O en palabras de Lagarde: “Qué habría sido de nosotras en el patriarcado sin el entramado de mujeres alrededor, a un lado, atrás de una, adelante, guiando el camino, aguantando juntas”.¹¹

ABORDAJES AUTOETNOGRÁFICOS A LA TRAYECTORIA ACADÉMICA

Me encuentro a escasos meses de cumplir treinta años en el CIESAS, institución que me dio la plaza definitiva en agosto de 1990, situación laboral que me ha permitido disfrutar de condiciones de trabajo estables, con prestaciones de trabajadora asalariada (el ISSSTE) y acceso a los sistemas de mérito académico como una protección ante el neoliberalismo rampante en el país desde los años ochenta. Tener la categoría de profesora/investigadora titular C de tiempo completo, formar parte del Sistema Nacional de Investigadores desde 1992 y de la Academia Mexicana de Ciencias desde 2002 es indicativo de una trayectoria académica que evidencia una dedicación exclusiva a la investigación, la docencia y la difusión del conocimiento en los términos que se han ido definiendo durante estas tres décadas, debido a pertenecer ahora a los centros públicos de investigación del Conacyt y antes a la institucionalidad del gobierno federal llamada SEP-Conacyt.

Supongo que esta pertenencia institucional me autoriza para hablar de una carrera académica desde una perspectiva reflexiva, y lo he hecho particularmente desde una reflexividad autoetnográfica. De hecho, he caracterizado esta carrera como una trayectoria con etapas con sus respectivos nombres, fechas y descripciones, aunque también he variado las aproximaciones a la trayectoria. Por ejemplo, durante la década de

¹¹ Esta cita de Marcela Lagarde aparece en el *Calendario 2021. Valores Feministas* de Feminismoinc.org; ignoro de cuál de sus libros o videoconferencias se sustrajo la frase.

los años noventa, me gustaba señalar las modificaciones en el objeto de estudio: del Estado de bienestar social al Estado regulador neoliberal primero, y después, del Estado regulador a los sujetos sociales “de abajo”; y una vez tomando al movimiento magisterial democrático como el “sujeto histórico de cambio”, iba modificando la atención para privilegiar a los dirigentes de izquierda a centrarme en “el poder de base”, en las bases movilizadas de los movimientos sociales. Y eventualmente, también me volvía a notar las modificaciones en los enfoques utilizados por el sujeto investigador, es decir, me fijaba en mi propia práctica de problematización y concepción de nuevos protocolos de investigación. Así, pasaba de una recopilación individual de datos sobre cómo se constituía el sujeto democrático del magisterio en diferentes partes del país a profundizar en la teorización colectiva del proceso sociopolítico más importante de la lucha magisterial, “la democratización desde la base”, priorizando una metodología colaborativa aplicada en seminarios con dirigentes y bases magisteriales e historiadores y antropólogos.

Invariablymente, incluía este tipo de reflexividad basada en el seguimiento a las discusiones teórico-metodológicas en las ciencias sociales, pero también haciendo caso a la comunicación directa con los informantes de una investigación comprometida políticamente y una que incluía posicionamientos explícitos a favor de sujetos populares disidentes. De rescatar las voces de los maestros como cuadros formados por la CNTE en la lucha por democratizar el SNTE, pasaba a teorizar las narrativas militantes primero respecto al sindicalismo corporativo, y luego respecto a otras categorías significativas para el proyecto educativo alternativo de la CNTE, como las de trabajo docente, de teorías pedagógicas y de cultura política magisterial.

Pero esta atención a notar las modificaciones en los objetos y sujetos de estudio y a los presupuestos cambiantes de los planteamientos y los posicionamientos como sujeto investigador vinculado a campos de especialización fue sacudida por un quiebre de mayor peso que me remitió a repensar las bases epistemológicas de la investigación, y generó nuevos planteamientos en mi quehacer intelectual entonces inserto en contextos institucionales más diversificados. El quiebre se dio por una serie de sucesos, entre ellos, por la maternidad y ser madre de dos hijos (1991-1993), el cambio de adscripción institucional de la ciudad de

México a Guadalajara (1996), el ingreso a una unidad con un programa de posgrado (maestría y doctorado) que exigía una participación activa en la formación de investigadores, así como en la docencia y la dirección de tesis, y el arribo a la gestión académica al fungir durante dos periodos como directora regional de la Unidad Occidente, un total de seis años y medio (2003-2006; 2009-2012) involucrada en diversas comisiones en el CIESAS en el ámbito nacional. Todo ello repercutió en un contexto modificado de trabajo y de vida que me llevó, a principios del milenio, a romper el vínculo tan estrecho que había construido con el sujeto de investigación, con el movimiento magisterial democrático, y en particular, con el liderazgo de la Sección XVIII del SNTE (Michoacán).

Si bien lo que ahora reconozco como un quiebre mayor tardó varios años en desenvolverse y denotarse como tal, vale la pena destacar que cada uno de los sucesos mencionados implicaba procesos complejos de adaptación, de reacomodos del frágil equilibrio entre casa/familia y trabajo/comunidad académica, y de búsquedas terapéuticas para dar cauce a una conflictividad subjetiva no resuelta, en parte reflejo de la doble ciudadanía, en parte debido a tensiones psíquicas desde niña. Vale decir aquí que entiendo este quiebre como una dificultad por sostenerme ante algunas condiciones conflictivas de clase, al habitar contradicciones de las que no tomé conciencia por mucho tiempo, lo que a la postre me exigió redefinir prioridades vitales que implicaba repensar las condiciones que tenía para seguir siendo intelectual público. El quiebre devino en un atolladero que luego abrió una disyuntiva que me llevó a profundizar en una reflexividad hacia el interior y no solamente a ejercer la autocritica intelectual, una que me exigió repensarme desde las categorías básicas identitarias (el género, la clase, la nacionalidad, la étnica) y aplicarlas a mi vida-en-evolución a la par de las ciencias sociales “en crisis” que me tocaron vivir.

Hablo de quiebre al romperse la voluntad y la pasión frente al oficio aprendido de realizar investigación científica, y hablo de atolladero porque se abrió un tiempo de dudas y cuestionamientos que obstaculizaban la escritura de textos académicos publicables resultados de investigación empírica original. Y hablo de disyuntivas porque se presentaron otras actividades que me exigían ampliar y profundizar mis conocimientos más allá de la investigación educativa y del campo de la educación. Por

un lado, y coincidente con la política del Conacyt de apoyar posgrados con becas y premiar la dirección de tesis de investigadores, empecé a participar en comités de tesis de temáticas sobre la educación indígena, la interculturalidad, la migración indígena; y por otro lado, el pertenecer a la línea de cultura e identidades contemporáneas en el CIESAS-Occidente implicaba dirigir tesis sobre una amplia gama de temas de antropología social, sobre nuevos sujetos, como jóvenes en colonias populares, género y sexualidad en jóvenes universitarios, niños de la calle, producción y consumo artístico en Guadalajara, etc. Mi línea de investigación sobre la cultura política magisterial y los procesos de democratización sindical y de trabajo docente se iba diluyendo ante la ausencia de candidatos de estas áreas y del perfil institucional deseado, a la vez que me resultaba conflictivo y problemático viajar (i.e. dejar a los hijos pequeños) a los sitios con gran presencia de la CNTE, lo que me exigía una presencia constante y una claridad política coyunturalmente relevante y aportadora al magisterio. Recuérdesse que yo escribía para los maestros de base en las luchas por democratizar al SNTE, que en los tiempos de las políticas educativas tecnócratas se fue ampliando hacia la defensa de la educación pública.

Ante esto, decidí centrarme más en aspectos metodológicos de la producción de conocimiento, profundicé lecturas sobre las crisis en las ciencias sociales y busqué conocer mejor el nuevo paradigma de pensamiento complejo.¹² Al incorporarme de lleno a tareas de gestión

¹² Con mi colega Humberto González Chávez advertí lo que argumenta Basarab Nicolescu (2002) de que es necesario un impulso hacia la transdisciplina debido al agotamiento en la eficacia de la visión unidisciplinar para interpretar y transformar un mundo cambiante y en crisis permanente. Ampliamos nuestras miradas disciplinarias hacia las nuevas corrientes de las llamadas ciencias de la vida, el pensamiento sistémico de la cibernética, la física cuántica en especial, la biología celular, el ecofeminismo: Gregory Bateson, Humberto Maturana, Francisco Varela, Tim Ingold, Elinor Ostrom, Helen Fox Keller, Víctor M. Toledo, Carlos Reynoso, Rolando García, Denise Najmanovich, Edgar Morin y muchos otros. Una de las llamadas por otro paradigma centrado en la vida, desde América Latina, se plasmó en el “Manifiesto por la vida; por una ética para la sustentabilidad” (Simposio sobre Ética y Desarrollo Sustentable, Colombia, mayo de 2002, http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S1414-753X2002000100012&script=sci_arttext) De esta búsqueda intelectual diseñamos una propuesta concreta para crear un centro de investigación transdisciplinaria; en este texto lo refiero como el Proyecto FOMIX-CIDYT (Fondos Mixtos-Centro de Investigación Dialógica y Transdisciplinaria).

académica y administrativa en 2003,¹³ iba descubriendo capacidades desconocidas, nuevos gustos frente a la posibilidad de participar en proyectos institucionales de mayor diversidad; por ejemplo, todo lo que implicaba buscar un terreno para la reubicación de las instalaciones de la Unidad Occidente, el formar parte de comisiones dictaminadores y editoriales, el mediar en conflictos entre el personal administrativo, el promover actividades de difusión y divulgación que beneficiaran a los colegas y a los estudiantes, etc. El idear reuniones para estrechar los lazos de trabajo y de amistad con colegas y experimentar formas novedosas de interacción y de convivio, como la organización del XXV aniversario de la Unidad Occidente y la creación de la Cátedra Jorge Alonso en 2012, participar en la comisión dictaminadora para el Premio Estatal de Ciencia y Tecnología en 2007, etc., iba volviendo compleja mi apreciación de las institucionalidades diversas en las ciencias mexicanas, a la vez que fui aprendiendo “nuevas formas de hacer política” (Sandoval, 2002), más allá de las formas sectarias de ciertas corrientes partidistas y dentro de las izquierdas comunes en los movimientos magisteriales.

Estas experiencias me permitieron reintegrar una vida cotidiana desde lo local, con aprendizajes más cercanos al fluir laboral e institucional entre los colegas del CIESAS y de las universidades públicas y privadas del occidente del país. Por primera vez empecé a vivir un arraigo a un territorio concreto que mucho tuvo que ver con los bosques en los perímetros de la zona metropolitana de Guadalajara, en particular, con dos de ellos: el de la Primavera (por haber construido una casa a unos cuantos metros de los árboles de pino, roble y saucillo) y el del Nixticuil (cerca del terreno donado al CIESAS por el ayuntamiento de Zapopan, durante mi gestión en la Dirección Regional del CIESAS-Occidente, y futuro sede del Proyecto FOMIX-CIDYT). Gracias a estos bosques, a las muchas caminatas por sus veredas y sus cerros, y a las experiencias colectivas en las calles de las colonias de esta parte noroeste de Zapopan que llamamos el Tigre, pude darme permiso a vivir una nueva aventura colaborativa en la formación de un equipo interdisciplinario de jóvenes estudiantes e investigadores ávidos en articular

¹³ Fui directora regional en la Unidad Occidente del CIESAS durante dos periodos: 2003-2006 y 2009-2012.

proyectos transdisciplinarios que vinculaban el arte y la ciencia, y las ciencias sociales con las naturales. Y de estos procesos de aprendizaje social arraigados en los territorios boscosos también pude encontrarme con un concepto alternativo de futuro que tuviera que ver con la convivencia producida en los encuentros entre vecinos, activistas y académicos.

Estas búsquedas de sentido con nuevos vínculos y miradas constituyeron una plataforma desde la cual mirar hacia atrás, un tomar distancia para poder generar otros patrones reflexivos que constituían una ruptura con la línea de investigación surgida de mis estudios doctorales, a la vez que me llevaron a empezar a interrogar más profundamente a esa trayectoria, a considerarla como tal y a historiarla con el beneficio del mirar atrás con nuevos ojos. De este impulso surgió una primera línea de tiempo de veinte años (1983-2003) con cuatro etapas de desarrollo cronológico para agrupar mis publicaciones sobre el movimiento magisterial democrático, que merecían estar en línea, abierta para el público en general, y sobre todo para los maestros de educación pública. “Maestros en movimiento: obra digitalizada sobre el movimiento magisterial mexicano”,¹⁴ nombraba el sentido de mi investigación basada en la perspectiva teórico-metodológica y en los conceptos clave; cada etapa organizaba las publicaciones respectivas con una liga directa a la versión digital de la referencia bibliográfica.

Para la primera etapa de “Activismo estudiantil (1983-1989)”, el año 1983 fue un marcador importante porque realicé mi primer viaje al estado de Chiapas, como estudiante de doctorado, buscando observar la política de desconcentración administrativa del sector educativo (de la SEP) desde una óptica regional y local enfocada en el juego de intereses entre las administraciones gubernamentales y sindicales, con el factor novedoso (en comparación con otras regiones) de la conformación de la CNTE unos años antes, gracias a las movilizaciones de maestros, quienes ya se calificaban de “democráticos”, habiéndose conquistado el control de la sección VII del SNTE. Ese verano fue significativo porque se dieron los comienzos de muchos procesos y prácticas de investigación: la primera estancia de trabajo de campo, las primeras entrevistas

¹⁴ Consúltase la liga <https://occidente.ciesas.edu.mx/obra-digitalizada-sobre-el-movimiento-magisterial-mexicano/>

como responsable única, el primer ingreso a una cárcel mexicana (Cerro Hueco) para entrevistar a dos dirigentes “históricos” del movimiento chiapaneco (MMCh).

El cierre de la etapa en 1989 fue porque a mediados de 1988 defendí la tesis de doctorado y regresé a México a buscar un empleo en el sector académico. Marqué el comienzo de la segunda etapa como de “Militancia intelectual (1990-1996)” porque fue en 1990 cuando concursé y gané una plaza en el CIESAS, por lo que cambié de estatus escolar e institucional una vez que ingresé a una institución académica con una línea de investigación con historiadoras y sociólogas de la educación. Y el logro era poder dar continuidad a los estudios sobre el movimiento magisterial, profundizando el vínculo con el MMCh al abordarlo como “sujeto democrático” del sindicalismo magisterial. Fueron seis años muy intensos de acercamientos teóricos a una antropología política donde di una transición importante de un acercamiento etnográfico tradicional sobre la cultura política de un movimiento social hacia un diseño más colaborativo en seminarios de discusión y de teorización de la democratización sindical con dirigentes de la CNTE e historiadores de los movimientos regionales del magisterio democrático. El cierre de la etapa en 1996 se dio cuando pedí el cambio de adscripción a la ciudad de Guadalajara al CIESAS-Occidente, para cerrar un ciclo de seis años de participación activa en el Seminario de Investigación Educativa coordinado por mi colega de línea Luz Elena Galván Lafarga.

Llamé la tercera etapa “Intelectual público (1996-2000)” porque, habiendo concluido la investigación de campo con el MMCh y comenzado una relación más estrecha con dirigentes michoacanos, además de abordar más expresamente las aportaciones pedagógicas de diferentes contingentes democráticos con muchas conferencias en diferentes partes del país, pude atender invitaciones a grupos de investigadores del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en congresos en Sudamérica y participar en otro tipo de espacios académicos, como fue la iniciativa de fundar una red de estudios latinoamericanos sobre el trabajo docente, la Red Estrado en 2000, y la presentación de una ponencia en el Foro Mundial Social en Porto Alegre. Durante este periodo, tomé mi primer año sabático con seis meses de estancia en el área de estudios latinoamericanos de la Universidad de Cornell, en Itaca,

Nueva York, donde elaboré un reporte técnico de investigación que de alguna forma representó la conclusión de la investigación empírica sobre el movimiento magisterial, aun cuando seguía publicando algunas ponencias y conferencias sobre la temática del magisterio democrático y su lucha por la defensa de la educación pública y gratuita ante la intensificación de los vientos privatizadores del neoliberalismo mundial y nacional.

La periodización concluye con la cuarta etapa, titulada simplemente “Academia (2000-2003)”, con apenas unas cuatro publicaciones con un signo novedoso claramente reflexivo, ya que en estos cuatro años empezaba a desarrollar una retrospectiva analítica de mi obra que se manifestaba en un repensar y en un rescribir desde posturas recién-descubiertas (como el posestructuralismo feminista y la teoría del género). Fue en esta etapa donde ejercí un revisionismo teórico-metodológico y epistemológico que me implicó teorizar mis propias transiciones de nuevo modo. Un ojo a los títulos de estas publicaciones da buena cuenta de haber llegado al campo de la autoetnografía, incursión realizada simultáneamente al efectuar un tránsito de prioridades desde la investigación y la docencia hacia la gestión académica.

La linealidad de estos primeros veinte años contrasta con la circularidad de los posteriores (casi) veinte años: en anticipación de un año sabático, en el verano de 2015 construí una línea de tiempo circular que englobara todos los años desde el nacimiento en 1952. Esta gráfica circular potenció la reflexión de manera diferente que la línea de tiempo cronológicamente lineal: aquí trabajé más con categorías en dos niveles, con los sentidos dominantes subyacentes de mi papel de investigadora (atravesando fronteras, construyendo puentes, formadora de redes comunitarias, cuidadora en la convivialidad), por un lado, y por otro, con las ideas generadoras o los conceptos que mejor comunicaban el para qué ético de la investigación (alteridad, reciprocidad, dialógica y convivencialidad).

GRÁFICA 1.

LÍNEA DE TIEMPO CIRCULAR. ELABORACIÓN PROPIA.

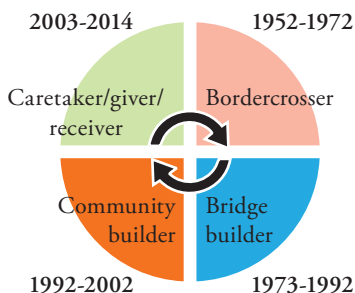
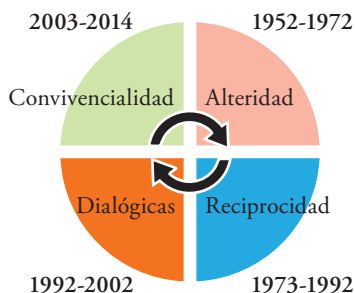
LÍNEA DE TIEMPO CIRCULAR, 2015 BASADA EN LOS SENTIDOS UNIFICADORES Y EN LAS RUPTURAS EPISTEMOLÓGICAS DE TODA LA TRAYECTORIA ACADÉMICA (VER LA FORMA CIRCULAR COMO ESPIRAL FORMATIVA)

Ya no para agrupar obra tanto como para pensar las transformaciones en las posturas

Tiene usos heurísticos para la autoetnografía ya sea evocativa o analítica

Gráfica para representar las cuatro grandes etapas de la espiral conformando mi formación personal/profesional/intelectual

Los sentidos dominantes de las etapas y las rupturas modificándolos



El haber modificado la visión hacia mi trayectoria –punto de inflexión importante– y el haberla expresado gráficamente me llevó a elaborar un análisis de las transiciones en las etapas así nombradas, y esto en el momento de componer una narrativa retrospectiva en la cual me preguntaba por las rupturas epistemológicas que me llevaron al proyecto FOMIX-CIDYT, es decir, a la convivencia.¹⁵ Fue gracias a la lectura del libro de David Abram (1997) que tuve un momento de epifanía al darme cuenta de la similitud de los cuatro conceptos que usé para

¹⁵ El libro coordinado por Gustavo Esteva (2012), *Repensar el mundo con Iván Illich*, aborda el concepto de convivencia (o convivialidad), el cual tomó mucha importancia en la formación del equipo de trabajo del proyecto FOMIX-CIDYT. Véase Street (2016) para un resumen del proceso colaborativo de apropiación del concepto.

nombrar las cuatro etapas con que abarcaba mis intereses de investigación, lo que empezaba a pensar como una gran “metanarrativa” que iluminaba mi trayectoria en sus transiciones y sus rupturas. El autor, David Abram, usa los tres términos (reciprocidad, dialógica y convivial) como sinónimos relacionados con la noción de la amistad. Escribe desde una perspectiva fenomenológica de la experiencia vivida, y tal parece que intercambia su uso al describir las relaciones entre los humanos y la naturaleza, y así interrumpiendo la dicotomía cultura/naturaleza.¹⁶ Esta perspectiva enriqueció mi reflexión autoetnográfica, pero sobre todo, era coherente con la concepción de la “investigación dialógica y transdisciplinaria” a la que llegamos como producto central del proyecto FOMIX-CIDYT.

Si esta gráfica no surgió para agrupar publicaciones específicas como la cronología lineal anterior, sí ha generado múltiples vueltas reflexivas que dinamizan el círculo como para pensarlo como movimientos espirales: una vuelta, por ejemplo, a las transiciones (como rupturas epistemológicas) entre cada una de las cuatro etapas, otra vuelta para describir los significados de las cuatro grandes ideas descriptoras de las etapas y cómo aparecen en algunas publicaciones revistas, otra vuelta para visitar a las mujeres de cada etapa en las huellas dejadas en mi trabajo y en mi vida (Street, 2015; 2016). Además, la gráfica ha sido la referencia fundamental de fondo en varios ejercicios de escritura desde los seminarios de los dos grupos activos, como veremos más adelante.

Curiosamente, la catarsis generadora de este movimiento reflexivo que buscó repensar y reescribir la trayectoria completa resultó en identificar otro quiebre en la trayectoria. Esta segunda sacudida profunda más reciente resultó de fisuras en la comunidad académica por desacuerdos entre nosotros a raíz de un proyecto innovador que encabezaba desde

¹⁶ “Esta reciprocidad es tal cual la estructura de la percepción. Experimentamos el mundo sensual solamente al hacernos vulnerables a ese mundo. La percepción sensorial es este entretejido continuo y constante: el terreno nos entra solamente al grado en que nos permitimos involucrarnos dentro de ese terreno... Y de esta manera, hablar de la naturaleza envolvente en términos determinados, mecánicos, o aun a escribir sobre el ambiente en una forma funcional, como ‘nuestro sistema humano de soporte vital’, contraviene y restringe la convivialidad entre nuestro cuerpo animal y la tierra animada, viva. Ahoga y apaga la vida espontánea de los sentidos” (Abram, 1997: 132).

mi afianzamiento arraigado en los bosques, mencionado párrafos atrás. Me encuentro todavía con dificultades en poner en papel las palabras justas para revisar el impacto; no hallo otro término que el de violencia institucional, una ceguera y un aferrarse a las normas disciplinarias de la antropología (como al método científico único) que me empujó a reconfigurar los lazos de una comunidad académica antes definidos de manera de facto por la institución, ahora hacia acercarme a aquellas mujeres (exestudiantes y miembros del equipo de trabajo del proyecto FOMIX-CIDYT) con las que más había convivido, y con quienes estrechaba una amistad de años. Tomé distancia de aquellos colegas que reafirmaban los poderes jerárquicos y patriarcales de la academia; en específico, me alejé de aquellos que usaron los puestos de decisión a favor de un proyecto de grupo, quienes impusieron la negativa absoluta a valorar los resultados de casi cuatro años de trabajo colaborativo durante el proyecto FOMIX-CIDYT, sin escuchar razones, sin admitir apelaciones. Digamos, recurrí a realinearme al feminismo que había estado latente, por un lado, y por otro, reafirmé la bondad de trabajar en la forma de seminarios con mujeres, a modo de compartir acercamientos colaborativos en la autobiografía y la autoetnografía.

APROXIMACIONES ANTERIORES AL GÉNERO EN LA TRAYECTORIA ACADÉMICA: EL LENTE AUTOETNOGRÁFICO DIRIGIDO HACIA LA REVISIÓN REFLEXIVA DE LA INVESTIGACIÓN

He elaborado varios acercamientos a mi trayectoria académica, pero ¿cómo pensarla desde el género? ¿Recreo situaciones específicas o experiencias reveladoras? No quiero repetir lo que ya he dicho y publicado, por ejemplo, que llegué al género al cuestionar mi tendencia a sobreprivilegiar (y a idealizar) a los dirigentes varones del magisterio disidente a costa de minimizar la atención a las maestras, quienes suelen ser de base, o bien, activistas pero pocas veces dirigentes en posiciones de liderazgo. Las maestras podrán ser líderes intelectuales en la discusión del proyecto educativo alternativo (como en la Sección XVIII de Michoacán), pero no oradoras ni militantes arraigadas a las luchas obreras y campesinas desde distintas corrientes políticas (como en las secciones VII y

XXII). Tampoco quiero abordar nuevamente la idea de mi giro desde los macroconceptos sociológicos (cambio social, sujeto histórico, proyecto alternativo) de tercera persona hacia la historia oral (desde la intersubjetividad) y la micropolítica de la vida de una maestra formadora de formadores (en el Centro Regional de Educación Normal, CREN, en Ciudad Guzmán, Jalisco (Street, 2017). Digo, estas lecturas implican miradas específicas y no dejan de formar parte de mi acervo personal ni de la memoria colectiva, e inspiran procesos de investigación.

Mientras los primeros años en la academia se orientaron a la denuncia en apoyo a movimientos de lucha por la democratización de instancias sindicales corporativas, mis posturas activistas de aquellos años aspiraban a visibilizar las propuestas pedagógicas constructivas que acompañaran el poder de base de fuerzas subalternas. En años más recientes, mi investigación atiende a mujeres que luchan por tener voz y voto en sus organizaciones vecinales, en búsqueda del bienestar de las familias cercanas en los hogares y en las escuelas. Me importa conocer qué hace una vida digna para una mujer que no evade las circunstancias que le toca vivir; cómo se nutre y en qué procesos participa para postularse como líder social, como militante por lo que considera causas justas. Si antes me apasionaba vincularme con los que se movilizaron para acumular poder desde abajo, ahora me intrigan quiénes se organizan para asegurar “vivir y morir bien”, lo que está íntimamente articulado con nociones del buen vivir indígena en América Latina. De un enfoque cercano a la correlación de fuerzas políticas (una mirada masculina) a uno arraigado en el cultivo de una ética de cuidado (una mirada femenina), podría ser una manera de señalar los polos que marcan una trayectoria pensada como una forma lineal en el tiempo cronológico. Pero acá no procederé cronológicamente, sino, más bien, recurriendo a eventos y encuentros convertidos en *stories* o narraciones que conectan sucesos pasados con imaginarios del presente (y de pasada, intentando hacer la memoria personal más robusta).¹⁷ A propósito, presento aquí una nota autobiográfica:

¹⁷ Carolyn Ellis (2009), reconocida fundadora de la investigación autoetnográfica, recomienda dedicar tiempo a fortalecer la memoria de uno con ejercicios de escritura y de rescate de archivos personales.

Siempre me ha impresionado el hecho de que mis abuelos paternos y maternos asistieron al Carleton College en Minnesota, e igualmente mi padre, de tal manera que mi decisión de universidad significaba una ruptura con la tradición familiar; pero tampoco fue tan dramática la ruptura, ya que decidí asistir al otro *college* en la misma ciudad pequeña de Northfield, St. Olaf College, justo en los años cuando vivían ahí mis abuelos paternos. Las dos universidades privadas, de cuatro años, con orientación de *liberal arts*; y fui afortunada al llegar a St. Olaf, pues disfruté de una beca parcial, fruto de un regalo por cuatro años de una tía rica (hermana de mi abuelo materno), condición que no se mantuvo para mis tres hermanas menores, quienes asistieron a universidades estatales públicas. Así que siempre crecí en el Midwest de los Estados Unidos de Norteamérica, hija de un padre que enseñaba matemáticas por escasos dos años antes de dedicar el resto de su vida laboral a la empresa General Electric, donde trabajó como gerente analítico con las primeras computadoras de los años cincuenta y sesenta. Mi madre siempre fue ama de casa, aunque trabajó un par de años como secretaria en una universidad pequeña en el pueblo donde pasamos las hermanas la niñez y adolescencia, Waukesha, una ciudad media cerca de Milwaukee, Wisconsin, donde nací en 1952. Mis abuelos maternos se conocieron en Northfield al iniciar sus estudios universitarios; yo los relacionaba con el lugar donde nació mi madre –Sioux Falls, South Dakota–, donde solíamos ir de niñas durante los veranos. Mi madre fue adoptada por ellos en el año de 1930, y siempre me ha consternado mucho el hecho de que mi madre nunca quiso saber nada sobre sus padres biológicos, mis abuelos biológicos; de ahí consideraba que mi mente era casi casi una tabla rasa. Claro que no era así, crecí *white anglo saxon and protestant* (WASP) hasta llegar a la universidad luterana y 95 % blanca, pero en lugar de acoplarme sin contradicciones, y gracias a una amistad con una mujer de la tribu Northern Cheyenne durante el primer año (en 1970-1971), se me abrieron los ojos y la consciencia histórica sobre las minorías, las desigualdades sociales, y las injusticias históricas.

En la siguiente sección, lo que busco articular nada tiene que ver con los datos construidos en una investigación empírica, sino con un desafío interpretativo de los sentidos otorgados a los procesos sociales

por parte de los sujetos investigados y de la investigadora. Quiero, entonces, comunicar tres situaciones en mi vida que recuerdo como una experiencia de sororidad, de la amistad entre mujeres, donde me sentí viva al pertenecer a un grupo que me implicaba formar parte de una comunidad. Reconstruyo las situaciones como momentos integradores gracias a cierta conciencia del papel del género en la sociedad, gracias a mi apropiación entusiasta de ser mujer, lo que conllevaba implícitamente un reconocimiento a la sociedad patriarcal en su poder por subjetivar a la mujer en una posición subordinada al hombre.

La forma de escribir va de la mano de la forma de leer estos relatos: es importante notar las maneras diferentes en que construyo y proyecto la autorreferencia propia. Por ejemplo, en el primer relato sobre la apropiación de la sororidad, producto de la actitud y organización colaborativa entre mujeres, es importante el énfasis puesto en el liderazgo propio frente a las pares y a la instructora. Más en concreto, *soy alguien* en el escenario acuático extracurricular tanto por mi destreza como nadadora como por mis dotes de líder (en un deporte femenino totalmente novedoso, en proceso de consolidación en las preparatorias y las universidades a finales de los años sesenta y hasta la promulgación del Título IX en 1972).¹⁸

En el segundo relato, y veinte años más tarde, participo en una constelación emergente de investigadoras que conforma una nueva área de investigación de la educación en CIESAS a finales de los años ochenta. El papel de liderazgo es jugado por otra mujer con mayor antigüedad en esta institución joven de apenas quince años; alguien experimentada en dirigir seminarios de investigación, en publicar resultados de investigación; alguien formada en un sindicalismo democrático que había ganado la bilateralidad en decisiones académicas, como los concursos de oposición para las plazas académicas. Las cuatro

¹⁸ La ley federal en EE.UU. del Title IX del Education Amendment's Act prohibía la exclusión (basada en el sexo) de programas educativos y de recursos financieros. (https://www.womenssportsfoundation.org/advocacy_category/title-ix/). Reflejo de la poca legitimidad de actividades deportivas competitivas de las mujeres antes de 1972, el nado sincronizado –ahora un deporte olímpico– se llamaba “ballet acuático”, una actividad femenina extracurricular que poco a poco se iría formalizando y organizándose con normas competitivas.

mujeres originales del área ya estaban criando a los hijos; eran madres, no solamente trabajadoras asalariadas sindicalizadas, sino estudiantes de posgrado en proceso de doctorarse como historiadoras, sociólogas y antropólogas, quienes dieron la bienvenida a otras dos —me incluyo aquí— próximas a tener hijos al poco tiempo de ingresar a la institución. Es decir, la solidaridad (la sororidad académica) emergió en este grupo desde un liderazgo particular y tuvo múltiples frentes para nutrir relaciones de amistad cercanas entre nosotras durante mis primeros seis años en el CIESAS (1990-1996), lo que para mí significó estrenar las credenciales de doctora recién adquiridas en un ambiente femenino de amabilidad y cooperación.

La experiencia de sororidad del tercer relato es un poco distinto de los anteriores relatos, ya que en aquellas situaciones el sentirme mujer se dio al rodearme con otras mujeres (parecidas) en actividades cogestionadas y colaborativas, lo que sirvió para reafirmarme como una persona valiosa. Ahora, en este relato, llevo a cabo una búsqueda expresamente autoetnográfica por encontrarme a mí misma a través de las relaciones amistosas con las informantes en mis investigaciones. El relato parte, entonces, de una mirada introspectiva hacia lazos personales con tres mujeres con las que entablé amistad al lograr su interpelación como informantes de contextos que no eran los míos propios, sino de otros. Quería descubrir qué encontraba en esos vínculos particulares que me pudiera aclarar una de las preguntas que guiaba la reflexividad, a saber ¿cómo mi afirmación como mujer pasaba por identificarme con mujeres radicales? O ¿qué partes de mí aparecían en estas mujeres que me servían de espejos; no solamente las partes que provenían del papel de ellas de constituirse en fuentes de información? En la escritura de estos tres relatos usaba de manera consciente la etnografía como proyección del *self*, de uno mismo, tomándola como una pista para sentirme mujer, para confirmarme plena, completa, íntegra. ¿Qué aprendizajes de los vínculos con estas tres mujeres me transportaban a revivir las sensaciones de la experiencia de la sororidad?

La colaboración entre mujeres deportistas: una experiencia acuática, formadora en la amistad

La reflexividad autoetnográfica también me llevó a identificar otro tipo de origen para mi presente colaborativo con mujeres: como aficionada de la natación sincronizada, en los dos últimos años de *high school* y el primer año de la universidad, fui miembro de dos clubes deportivos de natación sincronizada para mujeres. Una de las figuras que hacíamos en el agua se llamaba “delfín”, y consistía en formar círculos flotando varias en línea en la superficie, conectadas de los pies de uno a los cuellos de otra; así conectadas, formábamos una cadena humana que se movía en círculo abajo del agua. Y recuerdo las horas que pasamos practicando con ocho o nueve, tal vez diez mujeres, flotando de espaldas; los brazos moviéndose rítmicamente, con respiración sincronizada y bajando hacia atrás en curva todas juntas, aguantando la respiración hasta completar el círculo y llegar cada una a la superficie. Toda una hazaña para unas adolescentes que habían de entrenar tanto en la resistencia respiratoria debajo del agua como en la fineza dancística de los movimientos acuáticos. Esta figura circular se ofrece como una buena metáfora para la colaboración que genera la sororidad, como evidencia este recuerdo recreado.

Escucho los gritos de la instructora como si fueran silbidos de tren a la lejanía, pues estoy metro y medio por debajo de la superficie del agua de la alberca, ya aguantando lo máximo la respiración y faltando otras cuatro mujeres a arquearse la espalda y sumergirse una tras otra. Y yo también grito (en la imaginación) a que nos apuremos: “¡Vamos, empujen el agua, pongan a trabajar esos músculos, juntas lo lograremos!”. Y después de lo que me parece una eternidad, por fin inhalo como si el aire no tuviera suficiente oxígeno y sigo boca arriba con las brazadas hasta que la última compañera hace lo mismo. Por fin, ¡después de ocho intentos hoy (y muchos otros en días pasados), lo logramos! Risas y exclamaciones de júbilo estallaron al ponernos verticales en el agua y felicitarnos, dejando que la adrenalina y la respiración agitada volviera a la normalidad.

La circularidad acuática se proyectaba a los preparativos compartidos para la organización de los eventos, para las prácticas diarias

extracurriculares en la alberca, y también en actividades festivas que compartíamos como club de mujeres atletas. Hace un par de años descubrí un folder en un archivo personal que contenía los programas de los eventos que organizábamos a fin de año para mostrar las destrezas acumuladas; eran demostraciones de todos los aprendizajes del año con disfraces especiales, música seleccionada especialmente, coreografías que nos agrupaba en solos, dúos, tríos, y con más compañeras, al ritmo de diferentes canciones. Recuerdo en especial dos eventos, porque yo era la estrella cada vez, pues me tocaba bailar a solas en el agua, por ser presidenta de cada club. En esa documentación, me topé con el título de la canción *Born free*, que seleccioné para el *show* acuático el último año de la prepa. He de reconocer desde mi presente al escribir este relato que aun me queda la duda si escogí la canción porque interpreté su sentido como anhelo a futuro, o si era mi subconsciente tratando de despertarme a liberarme de las cadenas que me pesaban; cadenas ignoradas en esa etapa de transición de adolescente a adulta.

*El rescate de un momento fundacional: las educólogas del Área VIII
Antropología de la Educación en el CIESAS*

Durante el primer seminario en mayo 2018, en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, del proyecto que construyó ese libro, Silvia Bénard dirigió un ejercicio de escritura que nos pidió a cada una escribir un pequeño relato que comunicara algún momento importante en la trayectoria académica. Yo escribí un párrafo sobre la compañera Luz Elena Galván Lafarga, líder histórica del Área VIII Antropología de la Educación, quien fuera la que me invitó participar en el Seminario de Investigación Educativa en 1989 y quién tuviera la iniciativa de invitarme a concursar por una plaza en CIESAS. Y ese comienzo destaca aún más si consideramos que yo me encontraba entre los diecisiete investigadores que respondimos treinta años después en 2017 a la llamada de ella y María Bertely a colaborar en un proyecto colectivo para elaborar estados del conocimiento del campo de la educación, desde la

perspectiva de nuestras trayectorias como investigadores del CIESAS en dicho campo (Street, 2024).¹⁹

El haberme iniciado en 1990 en el trabajo formal como profesora-investigadora en un grupo de seis mujeres educólogas significó para mí iniciarme en la institucionalidad académica y formar parte de un grupo caracterizado muy especialmente por la solidaridad (femenina) entre nosotras, en un momento cuando varias de nosotras estudiábamos la feminización del magisterio y cuando Luz Elena publicó su libro sobre la soledad de las maestras (Galván, 1991). Y recuerdo con cariño y nostalgia esta agrupación de seis mujeres académicas estudiosas de la educación en el CIESAS como un espacio donde florecía entre nosotras la amistad y el afecto al son de nuestros relatos como madres que intentaban equilibrar la vida personal con la profesional. Además, los vínculos que creamos como investigadoras asociadas al campo de la educación dieron lugar a algo que llamaría después una solidaridad sorora que aplicamos a nosotras mismas en tanto trabajadoras sindicalizadas, a la vez que compartíamos una fuerte dosis de responsabilidad por conservar los ambientes de libertad académica que tanto apreciamos en el CIESAS. Nos caracterizamos por compartir relaciones equitativas, respeto mutuo, compañerismo, reconociendo a Luz Elena Galván como la líder, y a veces a Beatriz Calvo por ser las dos colegas que comenzaron el Área de Educación en CIESAS desde cuando las dos iniciaron labores en el Seminario de Educación dirigido por Guillermo de la Peña, cuando CIESAS era CIS-INAH, bajo el liderazgo de Enrique Florescano. Reproduzco este relato que escribí para compartirlo con colegas en el homenaje a Luz Elena a finales de 2018.

Seis meses después de concursar y ganar la plaza, y con tres meses de embarazo, a mis 39 años de edad (en febrero de 1991), busqué hablar

¹⁹ Luz Elena Galván y María Bertely fallecieron en enero y febrero de 2019, respectivamente. Luz Elena dejó con compañeras cercanas su deseo de que organizáramos una cátedra a su nombre; a mediados del mismo año, creamos la Cátedra de Estudios Interdisciplinarios de la Educación Dra. Luz Elena Galván y Lafarga. que tres años después, en 2022, creó el Seminario Interdisciplinario en Educación del CIESAS, a modo de seguir el ejemplo de Luz Elena al coordinar durante más de treinta años el Seminario de Investigación Educativa, que después se convirtió en el Seminario de Historia Educativa.

con Luz Elena en privado. Creo que me temblaba la voz al anticipar con temor el encuentro con ella. Pensaba en los artículos que había leído sobre las mujeres que perdían su empleo por embarazarse, y me avergonzaba que, en mi caso, ni siquiera había publicado nada: ¡Mi primera gran obra sería un hijo! Y me imaginaba que a duras penas podría seguir con el ritmo de trabajo acostumbrado; y ¿cómo salir a realizar trabajo de campo hasta Chiapas?, pues había comenzado una investigación sobre el movimiento magisterial chiapaneco. Y otras fantasías catastróficas poblaban esos días.

S: Me da mucha pena y hasta vergüenza decirte esto.

LE: Pero ¿qué te pasa? ¿Tan pronto te arrepientes de trabajar en CIESAS?

S: Nada de eso, ¡estoy embarazada!

LE: Susan, ¡qué maravilla! [Me abraza...]. Me da mucho gusto. Ser madre es una experiencia muy bonita. Nosotras te apoyamos, pues todas las de educación somos madres, además de investigadoras. ¡Bienvenida a la maternidad!

Informantes y amigas: tres mujeres re-interpretadas en el espejo del self

La autoetnografía me ha llevado a intentar reconocirme desde la figura de la otra, recordando algunas relaciones de amistad con mujeres que todavía llevo dentro. Empecé este ejercicio con rescatar a Patricia (la amiga universitaria, 1970-1971) y a Aurea (la maestra democrática chiapaneca, 1986-1994) para responder a una pregunta orientadora para la revista *Sinéctica* (antecedente de *Fronteras educativas* del ITESO) que pidió escribir sobre “todo lo que he querido decir sin haberlo dicho nunca”, o, como lo resumí al comenzar el artículo: “Escribir sobre los deseos, las influencias y los sentimientos no dichos públicamente, como un reconocimiento al tema de la reflexión en la producción del conocimiento en las ciencias sociales” (Street, 2002: 13). Digamos que en ese artículo, donde prácticamente me estreno en la autoetnografía sin saberlo, de alguna forma estoy reconociendo a dos mujeres sumamente importantes en mi vida, a la vez que las presento en el contexto de una autocrítica de manera que mi trabajo las abstraía de las narraciones en

lugar de darles voz. Esto aplicaba mejor al caso de Aurea²⁰ como una informante que desaparecía –con otras muchas de las entrevistadas– en la categoría social de la ética de la reciprocidad, que veía yo como la contribución al magisterio hecho por el movimiento democrático chiapaneco. En este sentido, el título del artículo es altamente significativo: “Los maestros democráticos y mis voces femeninas ocultas; la narración de mis partes blancas, mestizas e indias”.

Años después, en abril de 2016, en un escrito presentado en un seminario en Estados Unidos,²¹ abordé la manera como utilicé las narraciones escritas a propósito de estas dos mujeres, más una tercera, la maestra Celia (formadora de formadores, 2007-2011), para ilustrar distintas relaciones con informantes, ofreciendo sentidos diferentes a la pregunta que yo misma me hacía, a saber, ¿cómo, cuándo y por qué me interesaba solamente acercarme a sujetos “radicales”? ¿De qué se trataba la radicalidad que subyacía a mi posicionamiento durante prácticamente toda la carrera académica? En el texto describía los contextos de cada narración y el tipo de conexión que tuve con cada una de las tres, todo ello a modo de situar algunas de las presencias y las tendencias en mi trayectoria profesional. No viene al caso elaborar más aquí porque a continuación recreo una narrativa dialógica al ponerlas a dialogar de manera imaginaria, siguiendo la genialidad de Natalie Zemon Davis (1995) al inventar una conversación entre tres mujeres del siglo XVII. En este caso, ¿por qué hacerlo así? Simplemente, para demostrar la versatilidad en la investigación narrativa, y las infinitas miradas posibles de configurar y reconfigurar, según los intereses y las razones por narrar vidas. ¿Sucedio *en los hechos*? No, pero considero que estoy siendo fiel a lo que yo conocí de estas mujeres y lo que ellas me aportaron como

²⁰ Desde luego, para las publicaciones académicas seguí la norma de proteger las identidades de los sujetos de las investigaciones; en este caso, de tres de mis informantes y colaboradoras del magisterio mexicano, uso los primeros nombres.

²¹ “Workshop on the Comparative History of Women, Gender and Sexuality”, seminario organizado por Mary Jo Maynes (1995; 2008), en el que presenté el 29 de abril de 2016 la ponencia “Feminine teacher militancy in Mexico and the autoethnographic lens; how and where, in struggle and story, might we locate the radical nature of our connections?”. Mi texto fue comentado por Richa Nagar, ya que Maynes me había puesto en contacto con ella.

amigas e informantes. Sin duda, ellas pudieron haber verbalizado las ideas que expresé en esta recreación narrativa inventada:

Moderadora: Buenos días, Patricia, Aurea y Celia. Me toca explicarles por qué las llamamos a esta conversación ahora, ya que, como ustedes han de suponer, al haber colaborado con la Dra. Street en sus investigaciones, ella las ha (re)presentado en algunas de sus publicaciones. Nos interesaría mucho conocer su perspectiva; sería bueno si cada una expresara por qué cree que le interesó tanto a Susan conocerlas e invitarlas a participar en su investigación, y también por qué aceptaron colaborar jugando un papel de *informante clave*, para usar la jerga etnográfica. ¿Cuál de ustedes quisiera empezar?

Pat: Tengo que aclarar que cuando Sue [así se llamaba a los dieciocho años, cuando la conocí] y yo nos hicimos amigas el primer año de la universidad, ella no estaba realizando una investigación; simplemente nos conocimos y nos caímos bien, aunque no fue fácil para mí ser su amiga, ya que siendo de la tribu Northern Cheyenne, de una reservación en Montana, pues me hallaba lejos de mi gente y me sentía alienada de la escolaridad blanca; de hecho, solamente me quedé en la universidad ese primer año; regresé a mi tierra y a mi gente. Y el año siguiente nos escribíamos cartas, unas veinte cartas cada quien; compartíamos, pues cómo estábamos, qué libros leíamos, qué hacíamos, qué pensábamos sobre los novios; bueno, yo, porque ella no hablaba de eso. Y después nos perdimos la pista. Nunca supe que se hizo investigadora, aunque, ya pensándolo mejor, sí sé que a raíz de conocerme y visitarme en la reservación en Montana dos veces, como que esa experiencia de amigas le impactó mucho y empezó a leer muchos libros de historia sobre el exterminio de muchas etnias indígenas. También empezó a hacer pinturas y dibujos copiados de esos libros, de los líderes de aquellos años, cuando casi desaparecimos totalmente. Creo que se impactó mucho al ver la pobreza de mi pueblo, las condiciones de vida en la reservación, el problema del alcoholismo; me contaba que nada sabía de esta realidad tan contrastante con su propia historia; ella blanca y de clase media y que pudo pagar por una educación superior privada. [A mí me becaron, pues fui una de cinco estudiantes Native American en el *college* de artes liberales donde nos encontramos].

Aurea: Yo también forjé una amistad linda con Susan, pero yo siempre sabía que a ella le interesaba mucho comprender por qué los maestros chiapanecos nos movilizamos y pudimos vencer a los dirigentes charros y tomar control de la Sección VII del SNTE, y luego ser fundadores de la CNTE. Yo empecé a fomentar las movilizaciones por ahí en 1972, así que duré muchos años como instigadora de la rebelión, antes de que se formara el Consejo Central de Lucha (CCL). Fue al contarle historias de nuestro movimiento democrático que nos hicimos amigas; claro, después de que me entrevistara un par de veces; ella siempre me buscaba para conversar más sobre lo que ella iba aprendiendo de otros participantes del movimiento. Yo le contaba sobre los orígenes del movimiento de bases, cuando ya en algunas escuelas de educación básica nos hartamos de *los vanguardistas* [el grupo apoderado del SNTE llamado Vanguardia Revolucionaria]. La veía a ella muy entusiasta por conocer a los dirigentes, y pues yo le daba la perspectiva de maestros de base (casi todos mis amigos), ya que nosotros luchábamos por el control en las escuelas, mientras que los dirigentes eran de diferentes corrientes de la izquierda, y siempre en competencia por hegemonizar el movimiento. Y yo le presentaba a mis amigas, maestras también, y la llevaba a reuniones y a fiestas para que viera cómo fuimos las maestras chiapanecas en esos comienzos del movimiento hacia finales de los años setenta. Nosotras no hacíamos política, pero sí sostuvimos una participación activa y álgida en las asambleas, aunque pocas maestras fueron voceras como los varones. Acompañé varias veces a Susan mientras ella observaba y tomaba apuntes en esas asambleas seccionales y delegacionales. Fueron por lo menos seis o siete años que duró la amistad; creo que todo terminó porque ella tuvo un hijo; recuerdo que les puse a mis hijas a cuidar a su hijo de escasos meses mientras yo trabajaba y ella hacía sus entrevistas; eso en dos ocasiones diferentes. Fue al embarazarse por segunda vez (en 1993) que dejó de venir a Tuxtla Gutiérrez.

Celia: Mis respetos para los maestros de la CNTE, pero yo no participé en esa lucha, sino he sido formadora de formadores en el normalismo al sur de Jalisco, en el CREN de Ciudad Guzmán. Sí me considero una luchadora social desde que asistí a la Escuela Normal Rural en Tiripetío, Michoacán, becada desde la secundaria, y también la prepa, y después de un tiempo regresé a la misma escuela como docente. Mi

padre era líder agrario reconocido en una zona cerca a Morelia, y gracias a él me dieron beca de estudios en Tiripetío. Y me gusta pensar que seguí sus pasos al defender siempre a los campesinos, y también defender a mis compañeros en las normales cuando había que hacerlo. Un buen día, uno de los directores, que desafortunadamente (como pensé después) corrimos del CREN, se acercó a decirme que una investigadora del CIESAS buscaba realizar una historia de vida con una maestra conocida por su postura política a favor de las causas sociales. Y después de contarme cómo la conoció a Susan y que ella es una persona a favor del magisterio y del normalismo, y que ella le insistía en que le interesaba entrevistar a una mujer radical en su pensamiento político, no importaba de cuál corriente o partido político, pues accedí a conocerla. Llegamos a realizar entrevistas diecinueve veces aquí, no en el CREN, sino en un restaurante en el centro de Ciudad Guzmán donde pudimos siempre platicar a gusto; así fuimos colaborando en registrar muchas de mis experiencias en el normalismo. En esas oportunidades, gracias a ella se me abrió la mente y pude recordar muchos sucesos; yo le recreaba momentos importantes en mi trayectoria de estudiante de la ENR, de docente y luego de formadora; ella, siempre atenta a lo que decía, grabó todas las conversaciones, que llegaron a ser, bueno, más monólogos que diálogos, sobre las problemáticas en las normales, en la formación docente, pero no considero que fui informante, pues ¿cómo voy a ser informante sobre mi propia vida? O supongo que pude haber cumplido un papel de informante al hablar de los conflictos entre bandos en el CREN, pero me consta que no le interesaba tanto el CREN como lo fue mi forma de pensar en general y en las diferentes etapas de mi vida –siempre me pedía fechas, y yo batallando por recordarlas–; pues sí, como parte del magisterio ya que empecé mi formación al concluir la escuela primaria.

LOS SILENCIOS Y LAS AUSENCIAS EN MIS TEXTOS AUTOETNOGRÁFICOS

Cuando contamos una historia, ejercemos el control,
pero lo hacemos de tal manera que queda un vacío, una apertura.
Es una versión, pero nunca una final.
Y tal vez esperamos que los silencios sean escuchados por alguien más,
y así continuar la historia, relatarla de otro modo.
Cuando escribimos ofrecemos tanto el silencio como la historia.
Las palabras son la parte del silencio que pueden hablarse.
Jeanette Winterson (en Downing, 2016: 9. Traducción propia).

La autoetnografía en la práctica enseña a uno reconocerse en la vulnerabilidad que muchas veces es invisibilizada por la fuerza y la tradición del escribir en la tercera persona, de una ciencia que intenta barrer las subjetividades por debajo de la alfombra. Sin embargo, la memoria puede ser escurridiza, puede resistir abrirse de par en par si uno no la aborda con audacia y persistencia. Y aun así, irremediablemente quedan huecos. Entre los juegos de un ego resistente a dejar de controlar la mente, y la inocencia de ignorar las señales reiteradas de la subconsciencia, a veces por más firme que sea la intención por llegar a la verdad de uno, se nos escapa justo lo que nos permitiría salir del atolladero. En palabras de una australiana, autora de un libro que combina un proceso encarnado de una terapia somática con una indagación autoetnográfica compleja para superar los estragos corporales de la violencia de género (una violación a la edad de los doce años), pocas autoras feministas y pocas terapeutas reconocen la agencia del cuerpo mismo como un registro (celular) de las traumas de violación pero de muy difícil acceso (Downing, 2016).

Es así como las anteriores versiones de este texto me llevaron a nuevas preguntas; detecté los silencios en aquellas historias que parecían metáforas de estarse aferrada a las historias felices, a ver siempre el lado positivo de toda situación, a evitar habitar el lado oscuro de la luna. Lo que me inquietaba entonces no era cómo sostener mejor aquella apuesta por describir la manera como ciertas experiencias de mi vida

prefiguraban mi actual anhelo de sororidad, sino que reformulé mi nuevo reto desde otro lugar: ¿cuáles voces interiores estaban quedando relegadas al privilegiar una mirada que tendía a fabricar versiones idealizantes de las mujeres “en círculo”? ¿Por qué me proyectaba como visionaria al destacar mi papel de coordinadora, de líder y de guía en la producción de espacios femeninos creativos o constructivos de solidaridades entre mujeres? ¿Por qué este afán de solo ver la potencia sin reconocer también la sumisión, la opresión, las limitaciones marcadas por la sociedad patriarcal, por la cultura misógina, por las relaciones asimétricas de poder y de género?

Tal vez porque privilegié la forma olvidando el fondo ahora visualizo más desde mi propia autobiografía, más como mi historia (*my story*) como mujer dando forma a una trayectoria académica. He de reconocer lo poco que he escrito sobre las etapas de la niñez y la juventud, y aún menos lo he reflexionado desde la categoría de género. Mis acercamientos autoetnográficos no alcanzan a reconocer las fuerzas estructurantes de las desigualdades sociales; la autorreflexividad ha quedado blindada y acotada inconscientemente. O tal vez sea una autocensura consciente de no querer, no poder visibilizar lo que ha sido un proceso terapéutico largo hacia la integración de cuerpo y mente, de alma y espíritu al cuerpo-mente, de lo emocional a lo racional para lograr un mejor equilibrio entre las partes. Sea como sea, me identifiqué con Carolyn Ellis cuando reveló la enorme dificultad que ella tuvo por encontrar –y por escribir– algunas narrativas personales muy profundas de su niñez. “Me llevaron varios años y muchas revisiones llegar a este relato” (Ellis, 2009: 32). Después de indagar en varios traumas familiares y de lograr un mejor entendimiento de ellos, Ellis logró escribir sobre esos traumas e irlos integrando a otros textos autoetnográficos. Continúa Ellis: “El haber construido estos relatos rompió una especie de barrera que me había detenido de componer historias sobre los primeros años de mi vida de niña, lo que fue, pues, mi firme creencia por años, que no recordaba mi niñez lo suficiente como para retratarla en el papel” (2009: 33. Traducción propia) Cada quien tiene resistencias para abordar ciertos sucesos del pasado; fue también mi caso repetir como *slogan* que no tenía historias, que no podía componer una narrativa dominante sobre mi vida de niña y de adolescente, o sobre mi familia, que veía como una familia típicamente WASP. Más adelante comparto unos ejemplos

de lo problemático que me ha resultado narrar determinados episodios de mi vida, mientras ha sido mucho más fácil reconstruir categorías y reescribir historias con las voces de otros; por ejemplo, de esas personas informantes que convertí en los sujetos de mi investigación.

Me ha sido fácil desempacar, reconocer y reconstruir los procesos de investigación y las maneras de elaborar categorías en comparación con lo difícil que es abordar desde las historias personales las capas subjetivas afectadas por los sucesos inesperados y traumáticos de los primeros años de la vida. Está siempre vigente la tensión de qué parte de lo personal merece la pena convertirse en sucesos públicos; tensión reconocida por autores que trabajan desde el campo de la autoetnografía. Pero leer la gran variedad de obras en este campo me ha convencido de que, como diría cualquier monje zen, más vale confrontar los miedos que huir de ellos.

La siguiente sección, entonces, surge para confrontar el hueco y los silencios. Como le pasó a Carolyn Ellis, primero tuve que instituir colaborativamente una interlocución o una interpelación de confianza, un espacio amistoso, un foro abierto (sólo) para personas con capacidad de escucha, con la mirada crítica y solidaria, en lugar de competidoras entre ellas, y de un sentir-pensar receptivo y empático a las causas de los que menos tienen. Y tal como dije líneas atrás, ese espacio se fue configurando poco a poco en el seminario de escritura autoetnográfica, con las Ovularias. Y del acervo personal de más de quince escritos autoetnográficos, retomo aquí dos de ellos, los más recientes, en los que me armé con valor para compartir con las Ovularias, y ahora con las mujeres de las Ocho, y eventualmente, con la publicación de este libro, con un público lector más amplio.

REFLEJOS Y RETAZOS DE LA MEMORIA RECONSTRUIDA A MODO DE INDAGAR EN LAS CONDICIONES PARA UN FEMINISMO SILENCIOSO

Si la escritura narrativa traduce el *self* al *selfy* a otros,
la pedagogía nos pide revelar o deconstruir aún más.
(Ravecca y Dauphinee, 2018: 12. Traducción propia)

Es notorio, entonces, que ha sido en el ambiente relajado y de confianza creado luego de tres años de leer y comentarnos entre las mujeres *ovularias* que me he soltado a dar unos pasos en esta dirección, reforzada, desde luego, por una retroalimentación entusiasta para continuar explorando más. Las revelaciones íntimas de ellas han sido una fuerza para reconfigurar nuestra colaboración; nos mostramos preocupadas por reconciliar los múltiples roles femeninos en un conversatorio polifónico emergente de búsquedas vitales por encarnar una ética de cuidados entre académicas y activistas.

A continuación, reproduzco dos ejemplos de distinto tipo de escritura autoetnográfica que me permite, en este trabajo específico, pelar la cebolla, resultado de la introspección para identificar diferentes capas de autorreflexividad; cada capa con distinta potencia para revelar parte de la memoria.²² Para fines de este capítulo, esta selección de escritura (inédita) y los comentarios posteriores explican lo que ahora estoy llamando mi feminismo silencioso. Abordo dos relatos autoetnográficos distintos: en el primero, la forma prefiguradora, a la vez que reconfiguradora, indaga en sucesos pasados por intereses del presente para reconstituir la memoria personal y colectiva; en el segundo, la forma reveladora de secretos guardados que sólo adquieren una posibilidad de expresión escrita con una audiencia cuidadosamente seleccionada. En seguida de cada narrativa presentada a las mujeres *ovularias*, exploro un poco lo que ahora veo sobre el tema del género en tanto dice algo sobre

²² Sergio Franco les llama los “pliegues del yo”. Cf. Franco (2015). Agradezco a María Teresa Fernández Aceves por la referencia bibliográfica.

la conformación institucional a la vez que personal de la trayectoria académica.

En el primer caso, relato el valor de recurrir a los registros del trabajo de campo para releer y reescribir a nuestros sujetos (St. Pierre, 1997), en búsqueda ya sea de datos faltantes, ya sea de maneras para recordar lo olvidado, a la vez que para recontextualizar una etapa de investigación o un prejuicio finalmente reconocido como erróneo. Esta operación autoetnográfica se siente como una labor de rescate y de recomposición de la memoria fallida, y por tanto, genera una sensación agradable de tranquilidad y paz. O bien, puede resultar en el descubrirse ante un nuevo espejo que empuja a reconsiderar algunos hitos nunca imaginados. En concreto, recupero partes de una carta mía al director de tesis del doctorado que, gracias a la reflexión retrospectiva e introspectiva, identifiqué como una instancia prefiguradora de la ruptura con el sujeto (del movimiento democrático del magisterio) que he descrito en este trabajo como un quiebre que fue asimismo un parteaguas en la trayectoria realizada.

El segundo caso presenta elementos de un trauma que tardó diez años en salir a la luz (después de olvidarse por veinte años), gracias a una variedad de terapias individuales y colectivas que experimenté entre 1984 y 1998; elementos que presenté por vez primera en diciembre de 2018, escritos en español para ser leídos solamente por las mujeres *ovularias*, con el compromiso de no circularlos fuera de nuestro círculo. No constituyen, en mi caso, un secreto de familia como lo que reveló Goodall (2005) al hablar de la “herencia narrativa” como las vidas traducidas a posteriori a las historias de familia escuchadas a lo largo de la crianza en familia, muchas veces historias sin finales o interrumpidas por la muerte, incompletas, que requieren documentarse por los herederos. En principio, mi caso sí estaría comparable con lo que hizo Laurel Richardson (1997) en un capítulo de su libro *Fields of play; constructing an academic life*, como veremos más adelante.

La resurrección, entre papeles empolvados, de (una parte de) la memoria perdida (31 de mayo 2018)

Ya tenía rato buscando mis notas de campo de mis primeras investigaciones de cuando era una estudiante de doctorado; de hecho, en el año 1986 ya era candidata oficial al título con mi tema de tesis aprobado y una beca Fulbright en la bolsa para una estancia de un año en México. [...] Al no encontrar en mis archivos personales esta base de datos original, creía que había perdido todos los apuntes y registros de entrevistas de aquellos años tan formativos para mí. Pero más que permitirme terminar la investigación de tesis y titularme (el proceso formal que explicaba mi presencia nuevamente en México), esa documentación extraviada contenía datos duros para mi proyecto actual de escritura autoetnográfica. Y me atrevo a afirmar que, más allá de los proyectos institucionales de antes y de ahora, lo que más importaba para la tranquilidad propia era poder recargar emocionalmente esa *memoria histórica*, si no viva, sí vital. ¡Hoy aparecieron los papeles; hoy empiezo a remendar la memoria agujerada! Les cuento por partes. [...]

Habría que reconstruir no solamente el contexto histórico que da sentido a las entrevistas (encontradas) en su conjunto, sino también haría falta situar la documentación en las condiciones de producción del conocimiento de las cuales yo disfrutaba en esos años, además de reflexionar todo desde los propósitos de la autoetnografía imaginada ahora. Entonces, para los fines de este ensayo ‘introductorio’ a este acervo descubierto, intentaré ilustrar algo del valor (más subjetivo que objetivo) de mi trabajo de campo realizado en esa primavera de 1986, tal como yo lo transmití en una carta fechada el 23 de julio y enviada al director de tesis.²³ La carta está membretada con el logo del CINVESTAV del IPN (donde realicé la estancia como investigadora huésped durante 1985 y 1987) y escrita a máquina (eléctrica), a renglón seguido, en dos cuartillas comprimidas en un solo párrafo, en español con los acentos puestos a mano, incluyendo un cierre algo personal cuando le pregunto por la familia. Anteriormente, al encontrar esta carta, yo había revisado una

²³ Noel McGinn, profesor de la Escuela Graduada de Educación de la Universidad de Harvard, a quien conocí en 1979 cuando trabajaba en la Fundación Javier Barros Sierra (1978-1982) en la ciudad de México.

carpeta de entrevistas realizadas en julio de 1986 y otra de escritos míos que yo no recordaba haber hecho; esta carta aclaró mis dudas, pues resulta que había visitado la Sección VII democrática dos meses antes, en mayo. Transcribo las primeras líneas porque comunican las razones de haber escrito la carta un tanto desesperadamente y porque estas razones anticipan el sentido de la misma con información exacta que hace entendible la naturaleza de mi quehacer intelectual en ese tiempo:

Querido Noel,

Estoy en pleno proceso de digerir algunas ondas tal vez demasiado fuertes para mí en este momento, pero que tengo que salir adelante y creo escribiéndote de ellas me puede ayudar bastante. Del 8 al 18 de julio estuve otra vez en Chiapas, en una segunda ronda de entrevistas con los dirigentes del sindicato democrático (creo que te dije que fui también a principios de mayo). Esta vez volví con un documento que representa mi análisis de la primera ronda de entrevistas y que por cierto me costó algo de tiempo realizar por los diversos pasos en niveles de abstracción y todo eso, tú sabes. También traté de hacer el documento entendible por ellos, corto, etc. etc. La idea era devolverles una sistematización de su movimiento a la vez que identificar temas donde me faltaba información. Bueno, resulta que el dichoso documento no fue bien recibido –varios de los ya conocidos me iban posponiendo las citas, otros me decían que no lo entendían, otros que era muy superficial, otros que había muchos errores, otros pensaron que era una posición de una sola gente (a la que tienen arrinconada), etc. etc....

Yo le comunicaba a mi asesor de tesis mi desazón por haberme equivocado en la táctica escrita para obtener más información y por demostrar a mis sujetos de investigación los contenidos comprendidos por mí gracias a la confianza y apertura demostradas en las entrevistas. Lo restante de la carta ejemplificaba las múltiples reacciones (negativas) de los entrevistados a lo que se entiende fue una devolución fracasada impactante en mi estado de ánimo. Y curiosamente –me doy cuenta al leer de mis quejas y decepciones–, lo que expongo para el tutor de tesis se parece mucho a situaciones recurrentes en mi experiencia posterior

con militantes de izquierda comprometidos en la lucha social anticapitalista. Ahora leo este contenido como una prefiguración de lo que, veinte años más adelante (en 2003) me llevaría a modificar las bases epistemológicas de las investigaciones, y que a la postre me empujaría a romper el vínculo con sujetos específicos del movimiento democrático magisterial (de la Sección XVIII michoacana) y a suspender esta línea de investigación.

Intentaré enlistar de manera sintética estos factores expuestos en la carta: a) mi desilusión por *una lucha por el poder interno ya en un estado de deterioro* cuando las facciones acusan a las otras facciones de *antidemocráticas*; b) la exigencia a mi persona por tomar una postura de afinidad con alguno de los grupos o corrientes, y mi resistencia a hacerlo (por conservar un grado de autonomía como investigadora y también por no revelar públicamente la corriente con la que yo simpatizaba); c) “la poca receptividad a mi trabajo” en general intensificaba mis cuestionamientos sobre “las barreras de clase, sobre todo barreras de nacionalidad y de sexo y... cuestioné mi capacidad de investigar este tipo de movimiento social, así como la manera de servir mejor a los grupos sociales en lucha (si la investigación debía decir algo para los mismos actores/agentes o si debía llevarse a otros ámbitos para informar a otros sectores); d) la pelea por quién tiene *la verdad histórica*, ejemplificada con lo dicho por mi primer informante (al que fui a ver a la cárcel de Cerro Hueco): “Tu documento está plagado de mentiras”, frase dura que me incitaba a situar mejor –para mi asesor– las equivocaciones de dicho sujeto, quien había *traicionado al movimiento*, según otro de mis informantes.

La reflexión que cierra la carta (y la agonía de reconocer el sentirme frustrada y decepcionada, aunque no vencida) no tiene pierde para el tipo de conversaciones que compartimos nosotras en este seminario:

[...] yo llegué con muchos esquemas academicistas, pensando que la escritura sería un medio adecuado, pensando en mi imagen de intelectual, tal vez olvidando que yo era un espejo con mi documento y que no estaban acostumbrados a verse ahí, pensando que se puede llevar una conversación “racional” según mis criterios, cuando lo más importante es “la posición”; en fin, me queda un problemón, que es evaluar la información

que tengo, porque me di cuenta de que todo todo tiene ese filtro de la posición política de partido y de corriente...

Si bien no volví a utilizar este tipo de documento con los maestros chiapanecos, no abandoné el compromiso de la devolución ni tampoco la búsqueda por legitimar mi presencia como investigadora de su movimiento. Encontré otros papeles con notas de agradecimiento con mi letra y en forma borrador en que agradecía a diferentes personas entrevistadas las atenciones recibidas. Y fueron unos ocho meses después de ese fracaso cuando sacaría provecho de mis escritos analíticos para convertirlos en artículos publicados en periódicos (*Excelsior*, *Uno más Uno*, la revista *Siempre*). Después nunca andaría sin copias de alguno de estos articulitos; además, los distribuía masivamente a los maestros chiapanecos en la jornada de lucha de febrero y marzo del 1987, etapa también registrada y guardada en una de las carpetas ahora redescubiertas.

Creo ahora en este año de 2020 que el ensayo de 2018 hace caso omiso de la cuestión de género ausente de la lista de factores que fueron abonándose al quiebre que se dio a principios del milenio actual; si no incluí reflexión alguna sobre el género entre esos factores era porque ignoraba el impacto de las implicaciones de la diferencia de género entre la investigadora y los dirigentes varones. Después especularía sobre ellas al contemplar más directamente mi estatus de extranjera (que muchos de ellos categorizaban al temer que yo fuera de la CIA) y de mujer (otros no pudieron resistir aplicar el estereotipo sexista de *mujer fácil*). Mientras recuerdo haberme preocupado por presentarme como “investigadora, estudiante de doctorado”, me queda claro que mi lectura de la relación construida con los dirigentes entrevistados tendía a sobredimensionar lo político implicado en el sectarismo conocido en la CNTE en general, que por alguna claridad sobre la desigualdad de género. Probablemente, algunos de los dirigentes tardaron mucho en creer que algo favorable para el movimiento resultaría de las entrevistas que llevaba a cabo, situación que tampoco tomé en cuenta en esos años. Digamos que la clave para mi legitimidad como *intelectual pública* reconocida como *de*

su lado vendría porque me di cuenta de que sólo publicando en los periódicos y en los artículos de revistas de izquierda como *El Cotidiano* y *La Coyuntura* se legitimaba la lucha política a los ojos de otros actores políticos. Sería hasta mediados de la primera década del milenio, y publicando en un libro académico coordinado por Luz Elena Galván y Oresta López, que exploraría una revisión autocrítica de la construcción de categorías basada en la teoría del género (Street, 2008b).

“Género, otra vez: ¿nuevas o revisitadas preguntas?” (17 de diciembre 2018)

A propósito de nuestro origen como colectivo en las instituciones mexicanas de ciencias sociales (como en el caso del CIESAS, creadas en los años setenta), recordé algunas situaciones que podrían considerarse como antecedentes importantes de la atención que yo daba a estar en grupos de mujeres. Dos en particular tuvieron lugar durante mi último año en el *high school*, apenas un año antes de iniciar el *college* en septiembre de 1970. Fui presidenta de la agrupación de mujeres voluntarias en la YWCA a la vez que presidenta del grupo de mujeres en la natación sincronizada; dos actividades extracurriculares, las dos dedicadas al deporte, al bienestar corporal y emocional de la mujer. Al recordar este activismo enfocada en la mujer desde muy joven, específicamente en mis amigas pares, durante lo que se considera la antesala en la transición al trabajo o a la universidad, no pude evitar preguntarme el porqué de este afán reivindicativo de mi ser mujer, tomando en cuenta la casi nula conciencia de la desigualdad de género durante esos años, aunque sí albergaba alguna apreciación por los roles de género que dividían los sexos.

Y tratando de respetar mis recuerdos durante los años sesenta y al comenzar la etapa universitaria en 1970, sobre todo, cómo me sentía como adolescente a punto de ser mujer, lo primero que emerge es el trauma de mi niñez llevado a extremos durante la adolescencia, donde subyacían miedos aparentemente injustificados hacia los hombres, hacia el sexo en pareja, hacia la intimidad con los varones, subsistiendo en paralelo con una adoración hacia mi padre y una actitud subvalorada hacia mi madre que se expresaba en un rechazo al rol tradicional de la

mujer como *esposa de* y como ama de casa. En algún momento de mi proceso terapéutico (1986-1996, en la ciudad de México), me di cuenta de diferentes pautas teóricas que me ayudaba en la autocomprensión, tal como la predominancia de mis partes masculinizadas (rationales) sobre mis partes femeninas (emocionales), o bien, como pensaba durante muchos años, “un problema con mi madre”, a quien percibía yo como controladora, demasiado apegada a la norma y carente de compasión amorosa. Después del trabajo terapéutico, logré una comprensión más compasiva hacia la madre, “quien no pudo darme el afecto que necesitaba”.

En esta reconstrucción de aquellos años, logré explicar mi autoafiliación de niña a la categoría de *tomboy* y mi entrega a los deportes: añoraba ser el hijo que siempre quiso mi papá, a quien me imaginaba frustrado, ya que fuimos cuatro niñas. En realidad, mi madre tuvo cinco partos, porque después de mí (la primera hija en nacer en 1952), cuando yo tenía apenas año y medio de vida, nació muerta la niña que hubiera sido mi hermana, hecho que quedó invisibilizado para nosotras las hermanas hasta que el recuerdo desbordó al subconsciente y se hizo presente (en agosto de 1990) como un dato revelador de los orígenes de mis “achaques psíquicos”. Me preguntaba en terapia si esto podría explicar mis desmayos (en sitios claustrofóbicos como las iglesias, las tiendas tipo Sears y Liverpool, las librerías), fenómeno terrible que a la postre logré entender y controlar como manifestaciones del miedo a sentir, a expresarme emocionalmente, a permitirme ser feliz. Todo ello nutría mi afán de sobresalir en la escuela, en los estudios, y, pasando los años, en la investigación sociológica al buscar conocer los porqués profundos de las relaciones desiguales de poder.

Con apoyos terapéuticos, logré comprender que me había asumido como la responsable de la muerte de la hermanita, como la culpable que no merecía las cosas buenas como el amor de la madre o el amor del novio. Claro, esta autopercepción de carecer de feminidad (me creía infértil), tras los años se convirtió en una negación –o en un “no tener permiso”– para la relación heterosexual erótica plena. Y así pasé la adolescencia, sin novios, sin experiencia en el amor erótico en pareja, sin aspiraciones al amor recíproco hasta que, de plano, me encontré a los veintiún años, como estudiante de intercambio en México, como “la

güerita”, “la gringuita”, ante estereotipos que yo odiaba pero que de alguna forma me brindaron una sensación de ser atractiva, no obstante estar continuamente elaborando una especie de autoexilio al creer no merecer ese calificativo. Y mi primer noviazgo empezó a los veintiún años, con un hombre dieciséis años mayor, un señor que me inspiró suficiente confianza para negociar abiertamente con él mi deseo de sentirme mujer, pues conocía bien a sus hermanas, ya que la familia prácticamente me adoptaba durante los primeros meses de mi estancia en México un año antes (1973). Me siento orgullosa de que, durante mis primeros seis meses en México, salía mucho con jóvenes de la edad, viajaba con ellos, bailaba con ellos, pero siempre a partir de una resistencia a repetir el estereotipo de la gringuita californiana fácil. Con mis novios mexicanos me lo pasé puliendo las habilidades de hablar en español, conversando sobre el machismo mexicano, que definitivamente no era de mi agrado, aun cuando intentaba comprenderlo como fenómeno cultural.²⁴

Y aun cuando se ha dicho que la autoetnografía debe evitar el tono del confesionario, lo que sigue es algo que nunca he dicho en público ni en privado: hubo dos experiencias que tuvieron consecuencias nefastas en mi relación con los varones; una de ellas sucedió con un vecino de unos diecisiete o dieciocho años, cuando yo estaba en segundo de primaria, siendo una niña de siete años. Un indicador del efecto negativo en mí fue que la (des)memoria se encargó de borrar el suceso por más de veinte años. Desafortunadamente no recuerdo cómo lo recordé, en qué circunstancias este hecho violento se liberó de la oscuridad de la subconciencia, pues sólo aparecía a la mente clara la parte cuando el vecino –vestido sólo con una bata de noche–, a plena luz de día, me llevó adentro de su casa y me mostró sus genitales, insistiendo en que los

²⁴ Mi diario personal de los primeros seis meses del año 1973 en México está lleno de comentarios sobre cómo observaba el machismo mexicano. Mientras realizaba un año sabático en el *college* de mi licenciatura durante el año escolar de 2016, analicé el contenido del diario –y del álbum fotográfico que lo acompañaba–, así como la colección de cartas escritas por Patricia durante el año de 1971. Uno de los productos escritos durante el año sabático fue una conferencia intitulada “Beyond fluency: from ‘advanced language learning’ to living language as an incessant border crosser (reflections on vocation)”, que tuvo lugar el primero de noviembre de 2016 y que formó parte de los Cien Años de Lenguas Romances en St. Olaf College.

tocara (¿me pidió sexo oral?), y salí corriendo a mi casa, sin decir nada a nadie nunca. Cuántas veces he intentado reconstruir este recuerdo borroso que se me esfuma, y hasta la fecha me pregunto si de veras no me hizo nada ese tipo, ¿de veras no le hice nada de lo que me estaba pidiendo? Y mi respuesta es: no creo, pues he leído narrativas de mujeres que han sido violadas y violentadas, con elaboradísimas descripciones del acto traumático, con repercusiones psíquicas poderosas.

Aun así, me había percatado de sensaciones corporales de impotencia y de miedo; como, por ejemplo, cuando al llegar de un baile con un acompañante, el joven me dio el beso de buenas noches metiendo la lengua a mi boca, lo cual me provocó una repulsión tal que casi tuve que tragar mi propio vómito; una vez en la casa, corrí a lavarme la boca con jabón, no les miento. Eso, en mi primer y único baile de pareja, a los diecisiete años, cuando yo misma invité al compañero al baile, pues habíamos colaborado juntos en un evento del nado sincronizado. Este beso inesperado y penosísimo despertó a la larga otro recuerdo muy oculto por un tiempo de años: los besos con la lengua que me dio el abuelo paterno —admito que fueron tres— cuando tenía trece o catorce años. Tampoco tuve el valor de delatarlo a nadie, pues ¿a quién? Simplemente adopté una estrategia de la que se esconde: evitaba que el abuelo me sorprendiera estando sola; además, creo que yo temía hacer olas, no quería romper las rutinas de la visita familiar, que tampoco eran frecuentes, afortunadamente. Yo crecí en una familia donde el tema del sexo era prohibido en casa; no era tema válido de conversación. En realidad, lo que me impacta más es pensar que no me sentía en confianza en la familia, no me sentía escuchada, y en los hechos, no tenía voz, ni mucho menos tenía el grito para denunciar o bien para exigir algún tipo de apoyo.

Y pienso en la violencia de género en su forma extrema de feminicidio que amenaza a tantas mujeres en este país; me siento hasta afortunada con la idea de que lo mío me haya hecho más sensible al sufrimiento de las mujeres víctimas de abuso sexual, a la vez que me ha empujado a buscar la raíz más cultural de la desigualdad de género en las estructuras patriarcales y en el mismo sistema capitalista de clases sociales. Pero no conforme con ello, he buscado conocer cuanta historia haya sido escrita o contada, cuanta estrategia de sobrevivencia haya sido

puesta a prueba por mujeres buscando liberarse de la violencia de género, de la violencia intrafamiliar. Y comprendo mejor mi afán, desde los veinticinco años, de leer las autobiografías de mujeres activistas²⁵ y las biografías de mujeres afirmativas de su autonomía al luchar por tener una voz, por reivindicarse como sujetos con dignidad.²⁶ Me encantaría volver a interrogar estos libros leídos tan afanosamente, y las maneras de identificarme con estas mujeres y con sus relatos tipo *memoir*, narrados por mujeres inconformes y por mujeres que aspiran “a un cuarto propio”, como versa el título del libro de Virginia Woolf (*A room of one's own*) y que, años después, descubriría en dos libros de Mary Catherine Bateson: *Composing a life* y *Composing a further life* (2001; 2010). Me imagino así rescribiéndome e intentando parecerme a estas mujeres en busca de la libertad y encontrándose con tantas limitaciones, y aun así logrando trascenderlas.²⁷

Y vuelvo a reconocermé de nueva cuenta como parte de grupos de mujeres bondadosas, dispuestas a hacerse preguntas incómodas, necesarias, tomando su tiempo para discernir sentidos antes imposibles de admitir en su radar perceptivo. Me detengo por ahora para poder reconocer la reflexividad emergente en los dos círculos actuales de mujeres inquietas, algunas inconformes con la inequidad de género en la vida cotidiana y en el trabajo. Y me alegra ver que estas mujeres también se doblan en agradecimiento por las oportunidades a reconstituirse mediante la (re)composición –en la escritura– de una trayectoria académica, lo que implica devenirse implicadas e imbricadas en las luchas de tantas otras mujeres.

Recientemente, dos autoras, Mabel Burin y Rebecca Solnit, han hecho notar las diferencias en el feminismo entre generaciones de los años

²⁵ Véanse, entre otros, Goldman (1970), Laschitz y Radczun (1977) y Berenstein (2007).

²⁶ Por ejemplo, Monk (1992), Ehrenreich (2014) y Christ (1995).

²⁷ Dos autoras en particular me movieron a preguntarme por cómo escribir sobre las vidas de las mujeres: Heilbrun (1988), Borysenko (1996), además de The Personal Narratives Group (1989).

setenta (cuando tomé conciencia de la llamada segunda ola de Gloria Steinem,²⁸ Simone de Beauvoir y Betty Friedan)²⁹ y del nuevo milenio, cuando las mujeres jóvenes han ido instituyendo movimientos que visibilicen nuevas modalidades de género y novedosas formas de hacer política. Mabel Burín (2020) escribió lo siguiente en el periódico argentino *Página 12*: “Aquella *revolución silenciosa* iniciada por muchas de nosotras en aquellas décadas, hoy pasa a ser una revolución bulliciosa, con una polifonía de voces plena de significados y posibilidades”.

(Ahora hay) una política de las subjetividades de carácter feminista, en que se pone nombre al malestar que anteriormente se sentía en forma difusa, difícil de expresar, percibido como un trastorno íntimo, individual, que merecía escasa credibilidad cuando se lo manifestaba públicamente. Aquella era una modalidad propia del género femenino tradicional, descrita ampliamente en la literatura feminista de décadas anteriores, basada en la experiencia vivida, encarnada y padecida por aquellas personas que anteriormente habían sido desestimadas en su capacidad de agenciamiento (Burín, 2020).

Y Rebecca Solnit (2020), en un artículo en *The Guardian*, desarrolla la idea de que en esos años sesenta y setenta poco sabíamos las mujeres sobre qué hacer ante un acoso sexual; de esas cosas simplemente no se hablaba entre mujeres de diferentes generaciones; tal vez entre las amigas,

²⁸ Casi cincuenta años más tarde, en una carta que me escribió mi amiga Pat en 1971, me sorprendió ver que ella me preguntaba por cómo me había ido en una conferencia de Gloria Steinem a la que yo había asistido en Chicago. Fue hasta ahora que realicé una búsqueda en internet por algún dato duro sobre dicha conferencia; encontré un documento inédito redactado en máquina manual, intitulado “The politics of women”, que decía: “Commencement, May 31st, 1971” y abajo “Gloria Steinem, 1956” (el año en que ella se graduó del Smith College en Massachusetts), que si bien no fue el mismo discurso que escuché, por ser del mismo año del evento al que asistí, puede suponerse gran similitud en los mensajes públicos de Steinem.

²⁹ Simone de Beauvoir (1970) *The second sex*, Nueva York: Alfred A. Knopf, Inc., y Betty Friedan (1963) *The feminine mystique*, Nueva York: WW Norton & Company. Leí estos libros mientras cursaba la licenciatura, a principios de los años setenta. A principios de los ochenta, me impresionó mucho el libro de Axel Madsen (1977), *Hearts and Minds; The common journey of Simone de Beauvoir & Jean-Paul Sartre*, Nueva York: Morrow Quill Paperbacks.

aunque no fue así en mi caso. En sus palabras: “En aquel tiempo había tantas cosas de que no hablábamos, y aun hoy hay algunos aspectos y sus consecuencias que no agotamos en su profundidad”. Y entonces, como si Solnit estuviera conversando con Burín sobre esas condiciones de las mujeres “desestimadas en su capacidad de agenciamiento”, Solnit elaboró lo que esta baja en agenciamiento significó para mujeres como yo, nacidas en los años cincuenta, reconocidamente pertenecientes a la generación llamada *baby boom*.³⁰ “Parecía de rutina esa denigración de la mujer como subjetiva, poco confiable; definitivamente, criaturas incompetentes, subvirtiendo la fundación necesaria para participar, y mucho menos para objetar o denunciar alguna circunstancia injusta” (Solnit, 2020. Traducción propia). Me identifico plenamente con lo dicho por estas dos autoras; es un hecho que no me tocó participar en el movimiento mundial de 1968 y mi ingreso a una universidad privada (luterana y blanca) en septiembre de 1970 (cuando ya se habían calmado los activismos estudiantiles) tampoco me favorecía salir del medio en el que crecí. No obstante, me reconozco como parte de lo que estas autoras llamaron “un feminismo silencioso”, por años llena de miedos, y ahora en su lugar (espero) por opción consciente: me refugio en la vitalidad colaborativa y alegre de la sororidad femenina que bien vale la pena buscar, coconstruir, disfrutar y propagar con una sonrisa sabiamente antipatriarcal.

Otra autora interesante, Naeem Inayatullah (2013), ha formulado cuatro hipótesis que hacen referencia a la presencia de traumas subyacentes en textos autoetnográficos de estudiantes y profesores: 1) cada persona escribe sobre una temática sustantiva que subyace o que aparece por la duración de nuestras vidas; 2) para revelar esta temática, no nos limitamos a una sola forma, sino que podemos usar la poesía, la ficción, la autobiografía y el análisis académico; 3) esta temática sustantiva surge de un trauma o de una “herida de algún espacio/tiempo” en torno a la que orbitamos y sobre la que escribimos (aunque sea entre líneas); y

³⁰ El término *baby boomer* (‘auge de bebés’) se refiere a la generación de personas nacidas entre 1946 y 1964, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se elevó la tasa de natalidad en los EE.UU., lo cual dio lugar a un periodo de prosperidad y de aumento de la población. En efecto, nací en 1952, de una pareja recién casada en 1950, todavía sin mucha solvencia económica.

4) el aspecto más importante que atender en esta escritura es dejar que nos escriba devuelta, que nos sorprenda con revelaciones insólitas que nos terminan rescribiendo (2013: ix-x). A propósito, y como ejemplo de lo anterior, que resuena mucho con mi experiencia, conocer la obra de la socióloga Laurel Richardson —una de las pioneras de la autoetnografía en los EE.UU.— ha sido importante porque ella ha sabido explorar los traumas de la niñez en tanto se manifiesten en la vida académica. Dos párrafos en su artículo ampliamente citado sobre la escritura como una forma de indagación narrativa (Richardson y Adams, 1995) informan este último ensayo compartido aquí. Por un lado, la propia experiencia de Richardson al identificar ese tema único (de que habla Inayatullah, 2013) que subyace su producción intelectual y que está implícito en la gran pregunta que se hizo Richardson (1995: 940): “¿Por qué me llama tanto la atención construir ‘textos de ilegitimidades’, incluyendo el texto que relata mi vida académica?”. Reconoce que su carrera en las ciencias sociales podría verse como “una larga aventura adentrándose en ilegitimidades”. “¿Qué es esta lucha que tengo con la academia, estando dentro de ella a la vez que luchando contra ella?”. Y por otro lado, la implicación de hacerse esta pregunta la mandó a un proceso profundo de introspección y de reflexión autoetnográfica para relacionar su niñez y adolescencia con su trayectoria académica, hazaña que apenas empiezo yo a develar en estas hojas.

En su libro *Fields of play* (1997), donde Richardson reconstruye su trayectoria sociológica mientras relee algunas de sus publicaciones, buscando componer lo que llama “historias de escritura” (*writing stories*) que contextualizan los momentos y procesos de investigación y escritura inicial, se aclara a sí misma lo suficiente como para rescribirse desde otro lugar, creando nuevas narrativas que ella espera se conecten con experiencias de otros. Lo explica de la siguiente manera:

Al refractar “la ilegitimidad” en alusiones, vislumbres, visiones extendidas, llegué a escribir un ensayo personal intitulado “Vísperas”, el último ensayo en mi libro *Fields of play*. “Vísperas” situó mi vida académica en las experiencias y los recuerdos de niña; profundizó el conocimiento de mí misma y también ha resonado con las experiencias de otros en la academia. A la vez, la escritura de “Vísperas” ha refractado nuevamente al

otorgarme el deseo, la fortaleza y suficiente autoconsciencia como para narrar otros recuerdos y experiencias –para darme agencia propia, para constituirme como nueva cada vez que lo haga, para bien o para mal– (Richardson, 1997: 236. Traducción propia).

REFLEXIÓN FINAL

*La autoetnografía es un acto de sobrevivencia y autodeterminación
a través de la que podemos recuperar recursos conceptuales
y emocionales...
para arraigar nuestra consciencia política.*

Natasha Behl (2019: 31).

Este trabajo ha sido un viaje –mucho más largo y enredado de lo esperado– para aclararme a mí misma sobre los sentidos que debo comunicar sobre mi trayectoria profesional en la academia mexicana, dada esta relectura de algunos miedos y traumas de los años de juventud, a modo de comprender mejor una postura subyacente a la expresamente buscada en mis publicaciones. De ahí, la sororidad académica que pienso haber palpado en las vivencias con mujeres en proyectos en diferentes etapas de la escolaridad y la institucionalidad académica, se distingue de otras manifestaciones sociopolíticas de la sororidad como una acción política antipatriarcal. He sentido la necesidad de especificar lo mejor que pueda la naturaleza de esta experiencia de la sororidad –dentro de un feminismo silencioso– que me ha sido tan relevante. Lo entiendo como sentidos subyacentes a la postura expresa de oposición al autoritarismo que ha movilizado a tantos grupos en México, sentidos que fueron saliendo a la superficie para que los pudiera mirar de frente. He dado con el término de refugio hasta finalizar esta tercera versión del capítulo porque, efectivamente, en el proceso de escritura llegué a un nuevo entendimiento de mi afán por llamar la atención a la vitalidad colaborativa vivida con otras mujeres, amigas, en la academia. El término *refugio* tiene una connotación cercana a buscar seguridad o salvaguardarse de

algo, protegerse de un evento amenazante o que da miedo; puede ser el destino de alguien huyendo de algo para ponerse a salvo. Uno puede refugiarse en la casa, en el barrio, con los amigos, con los hijos, para no dar la cara, o para tomarse un tiempo para reflexionar, o estar refugiada para mantenerse lejos de las presiones cotidianas de la sociedad o del trabajo o de la pareja.

Cierto también que reescribí buena parte de este texto durante la cuarentena impuesta por el Covid-19 (desde marzo de 2020 a marzo de 2022), y por ello, haber llegado al término de refugio podría parecer una proyección de esta situación local/global “de refugio”, como un estado en el que había que seguir la directiva de “quédate en casa”. Probablemente también importó el hecho de que desde hace siete años formo parte de una *sangha*, que es un grupo de “amigos espirituales” en el budismo zen, no tanto afiliada de manera protocolario, sino más bien articulada a un enfoque de *mindfulness* (la meditación de atención plena). Desde esa perspectiva contemplativa de espiritualidad, una *sangha* se constituye en un refugio, en un centro de contención, como estar en casa, a la vez de estar en proceso de alejarse del sufrimiento. De estas sesiones de meditación una vez a la semana, he adquirido una práctica con la que cotidianamente activo una sensibilidad a refugiarme en el silencio.

Sin embargo, insisto en que uso el término de refugio ahora porque he comprendido que, desde niña, me refugiaba en un silencio interior por el miedo que se desplazó en mí a raíz de las experiencias relatadas aquí, experiencias que reflejaron un temor a adultos masculinos desconocidos y que me llevaron a evitar situaciones interpretadas por mí como peligrosas para la integridad física y mental. No obstante, también tuve necesidad (como todos) de ser amada por los padres y de ser reconocida por los pares, lo que me empujaba a buscar *ser buena niña* y *buena estudiante*, además de, eventualmente, luchar por ser una mujer autónoma, lograr la autoestima y *ser alguien* en una academia nada ajena a las relaciones desiguales de género de las sociedades modernas tardías y posmodernas.

Sin demasiadas complicaciones, creo justo reconocer haber habitado una tensión original al nacer en la posición de primogénita entre tres hermanas menores, por un lado, y por otro, haber perdido ese lugar

cuando nació muerta la hermanita (en diciembre de 1953) y, por tanto, haber padecido un vacío de afecto de ahí en adelante, hasta poder comprenderlo con la guía de varios psicoterapeutas. Supongo que esta tensión y este vacío crearon las condiciones para que ese desmerecimiento de las capacidades de agencia se instalara de alguna manera en mi proceso de crecimiento personal y social. Y gracias a ello me reconocía con una sensibilidad hacia los de abajo y pude llegar a ser sujeto empático como investigadora en el campo de la educación. Por lo menos, así comprendo mejor la pasión con la que recreaba los gritos en contra de la opresión de *los charros* a las bases magisteriales y los reclamos por la dignidad de los maestros democráticos chiapanecos; como he señalado en otros textos autoetnográficos, al apropiarme de las voces de los de abajo, proyectaba mi propia búsqueda por una voz reconocida socialmente como digna. Y si bien fui una investigadora con compromiso social y empático con las luchas sindicales y políticas del magisterio democrático que yo apoyaba por ser *sujeto histórico en búsqueda de la emancipación* frente al autoritarismo presidencial de aquellos años ochenta y noventa, también reconozco las posteriores modificaciones en mis intereses de investigación como unirme acercando al acompañamiento colaborativo con mujeres más parecidas a mí desde las condiciones de trabajo académicas; en efecto, una sororidad más pasiva que activa, políticamente hablando. Y ahora siento una gratitud, primero, por haber podido realizar un rescate autoetnográfico de mis vínculos con mujeres específicas (Pat, Aurea y Celia), quienes me habían abierto los ojos a las injusticias sociales y a la importancia de participar en las luchas sociales. Y me siento agradecida por las vivencias colaborativas en los seminarios de escritura autoetnográfica con mujeres activistas o académicas, con quienes hemos compartido tramas íntimas y vitales al vincularnos amistosamente.

REFERENCIAS

ABRAM, David

1997 *The spell of the sensuous; perception and language in a more-than-human world*. Vintage Ebook.

- BATESON, Mary Catherine Bateson
 2001 *Composing a life*. Nueva York: Grove Press.
 2010 *Composing a further life; the age of active wisdom*. Nueva York: Vintage Books.
- BAZANT, Mílada (coord.)
 2013 *Biografía; modelos, métodos y enfoques*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense.
- BEHL, Natasha
 2019 *Gendered citizenship; understanding gendered violence in democratic India*. Oxford: Oxford University Press.
- BÉNARD CALVA, Silvia M. (traducción y selección de textos)
 2019 *Autoetnografía; una metodología cualitativa*. Aguascalientes, México: Universidad Autónoma de Aguascalientes / El Colegio de San Luis.
- BÉNARD, Silvia, Laura Padilla y Yolanda Padilla
 2018 “Somos académicas privilegiadas, y aun así...”, *Astrolabio*, núm. 20, pp. 256-275.
- BERENSTEIN, Mónica
 2007 *Las desafiantes, cuatro mujeres que avanzaron sobre la injusticia, la mediocridad y el prejuicio*. México: Lectorum.
- BLANCO, Mercedes
 2011 “La investigación narrativa: una forma de generación de conocimiento”, *Argumentos*, nueva época, año 24, núm. 67 (septiembre-diciembre), pp. 135-156.
 2012 “Autobiografía o autoetnografía”, *Desacatos*, núm. 38 (enero-abril), pp. 169-180.
- BORYSENKO, Joan
 1996 *A woman's book of life; the biology, psychology, and spirituality of the feminine life cycle*. Nueva York: Riverhead Books.
- BURÍN, Mabel
 2020 “Las jóvenes y los movimientos sociales”, *Página 12*, 5 de marzo, consultado el 26 de marzo de 2020, <https://www.pagina12.com.ar/251026-las-jovenes-y-los-movimientos-sociales>
- CHRIST, Carol P.
 1995 *Diving deep and surfacing, women writers on spiritual quest*. Boston: Beacon Press.

DOWNING, Brenda

2016 *Feeling the fleshed body; the aftermath of childhood rape*. Nueva York: Peter Lang.

EHRENREICH, Barbara

2014 *Living with a wild god; a nonbeliever's search for the truth about everything*. Nueva York: Hachett Book Group.

ELLIS, Carolyn

2009 *Revision; autoethnographic reflections on life and work*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.

ELLIS, Carolyn, Tony E. Adams y Arthur P. Bochner

2010 "Autoethnography: an overview", *Forum: Qualitative Social Research*, vol. 12, núm. 1. [Traducido al español y publicado en Bénard, 2019: 17-42].

1995 *Final negotiations; a story of love, loss and chronic illness*. Philadelphia: Temple University Press.

ESTEVA, Gustavo, coordinador

2012 *Repensar el mundo con Iván Illich*. Guadalajara: La Casa del Mago.

FERNÁNDEZ ACEVES, María Teresa

2014 *Mujeres en el cambio social en el siglo veinte mexicano*. México: Siglo XXI.

FERNÁNDEZ SAVATER, Amador

2020 "Vivencia y experiencia en la crisis del coronavirus", *Filosofía Pirata. Un cofre con ideas de Amador Fernández Savater*, 1.º de abril, <https://www.filosofiapirata.net/vivencia-y-experiencia-en-la-crisis-del-coronavirus/?fbclid=IwAR33OAiwoj9dtAts3idtwjTO1XPpZ99wVN1xgoqv6ADNv0TPryvX5G7Fy2s>

FRANCO, Sergio

2015 *Pliegues del yo: cuatro estudios sobre escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.

GALVÁN, Luz Elena, Mireya Lamonedá, María Eugenia Vargas y Beatriz Calvo (coords.)

1994 *Memorias del Primer Simposio de Educación*. México: Colección Miguel Othón de Mendizábal, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

GALVÁN, Luz Elena

1991 *Soledad compartida; una historia de maestros: 1908-1910*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ediciones de Casa Chata 28.

GOLDMAN, Emma

1970 *Living my life*. Nueva York: Dover Publications, Inc. [Dos volúmenes].

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo

2004 *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. Barcelona: Anthropos.

GOODALL Jr, H. L.

2005 "Narrative inheritance: a nuclear family with toxic secrets", *Qualitative Inquiry*, núm. 11, pp. 492-513. <http://qix.sagepub.com/content/11/4/492>

GUBER, Rosana

2004 *El salvaje metropolitano; reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. México: Paidós.

HEILBRUN, Carolyn G.

1988 *Writing a woman's life*. Nueva York: Ballantine Books.

HERZFELD, Michael

1997 "The Taming of revolution: intense paradoxes of the self", en D. E. Reed-Danahay (ed.), *Auto/Ethnography; rewriting the self and the social*. Nueva York: Berg, pp. 169-194.

INAYATULLAH, Naeem

2013 "Foreword", en E. Dauphinee, *The politics of exile*. Londres: Routledge, pp. viii-x.

KOELTZSCH, Kirstin

2021 "Ecología en América Latina contemporánea; una perspectiva antropológico-autoetnográfica", *Revista Interdisciplinar de Literatura y Ecocrítica (RILE)*, www.asle-brasil.com/journal.

LAGARDE, Marcela

1997 *Género y feminismo; desarrollo humano y democracia*. Madrid: Cuadernos inacabados 25.

LAGARDE Y DE LOS RÍOS, Marcela

2011 *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Madrid: Editorial Horas y Horas.

LASCHITZA, Annelies y Günter Radczun

1977 *Rosa Luxemburgo y el movimiento obrero alemán*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

LÓPEZ PÉREZ, Oresta

2008 *Entre imaginarios y utopías: historias de maestras*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Publicaciones de la Casa Chata, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

LUÉVANO MARTÍNEZ, María de la Luz

2018 “Las dinámicas socioculturales del amor en pareja. Una aproximación autoetnográfica”, tesis de Doctorado en Estudios Socioculturales, Universidad Autónoma de Aguascalientes.

MARTÍNEZ LOZANO, Consuelo Patricia

2017 *Las instituciones de educación superior y la violencia de género*. México: Ediciones y Gráficos Éon / Universidad Autónoma de San Luis Potosí / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

MAYNES, Mary Jo

1995 *Taking the hard road; life –course in French and German workers’ autobiographies in the era of industrialization*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

MAYNES, Mary Jo, Jennifer L. Pierce y Barbara Laslett

2008 *Telling stories: the use of personal narratives in the social sciences and history*. Ithaca: Cornell University.

MOLINA, Virginia

2008 “Ciencias sociales y complejidad”, *Desacatos*, núm. 28 (septiembre-diciembre), pp. 11-14.

MONK KIDD, Sue

(1992) *The dance of the dissident daughter; a woman’s journey from Christian tradition to the sacred feminine*. Nueva York: Harper Collins Publishers.

MORIN, Edgar

1984 *Ciencia con conciencia*. Barcelona: Anthropos.

NAGAR, Richa

2016 “Feminisms, collaborations, friendships: a conversation”, *Feminist Studies*, vol. 42, núm. 2, pp. 502-519.

NAGAR, Richa y Sangtin Writers

2006 *Playing with fire; feminist thought and activism through seven lives in India*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

NAJMANOVICH, Denise

2017 “El sujeto complejo”, *Utopia y praxis latinoamericana*, año 22, núm. 78, pp. 25-48.

NEILSEN GLENN, Lorri

2011 *Threading light: explorations in loss and poetry*. Regina, SK: Hagios Press.

NICOLESCU, Basarab

2002 *Manifesto of transdisciplinarity*. Albany: State University of New York Press.

RAMBO RONAI, Carol

2006 “Reflecting on reflexivity: me, myself and *The Ethnographic I*”, *Symbolic Interaction*, vol. 29, núm. 2, 271-276.

1995 “Múltiples reflexiones de un abuso sexual infantil: un argumento para una narración en capas”, *Journal of Contemporary Ethnography*, núm. 23, p. 395.

RAMÍREZ MORALES, María del Rosario

2020 *Espiritualidad y corporalidad femenina: los círculos de mujeres desde la mirada antropológica*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

RAVECCA, Paulo y Elizabeth Dauphinee (eds.)

2018 “Narrative and the possibilities for scholarship”, *International Political Sociology*, núm. 0, pp. 1-14.

RICHARDSON, Laurel

1997 *Fields of play; (constructing an academic life)*. New Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press.

RICHARDSON, Laurel y Elizabeth Adams St. Pierre

1995 “Writing: a method of inquiry”, en N. Denzin e Y. Lincoln, *The SAGE handbook of qualitative research*. Nueva York: SAGE, pp. 923-948.

SANDOVAL ÁLVAREZ, Rafael

2002 “La construcción del sujeto a partir de la práctica política. Una nueva forma de hacer política: Alianza Cívica Jalisco”, tesis de

maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente.

SCHUTZ, Albert

1970 *On phenomenology and social relations*. Chicago: University of Chicago Press.

SCOTT, Joan

1996 “El género. Una categoría útil para el análisis histórico”, en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 265-302.

SOLNIT, Rebecca

2020 “Rebecca Solnit: ‘Younger feminists have shifted my understanding’”, *The Guardian*, 29 de febrero, consultado el 27 de mayo de 2020, <https://www.theguardian.com/world/2020/feb/29/rebecca-solnit-younger-feminists-shift-understanding-give-new-tools?>

ST. PIERRE, Elizabeth

1997 “Guest editorial: an introduction to figurations; a postructral practice of inquiry”, *International Journal of Qualitative Studies in Education*, vol. 10, núm. 3, pp. 279-284. Consultado el 7 de junio, 2022 <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/095183997237115>

STREET, Susan

(2024) “El campo de la educación como espacio constitutivo de sujetos guardianes de lo público: los maestros *disidentes* de la CNTE y las maestras *luchadoras sociales*”, en Luz Elena Galván y María Bertely (coords.), *Estado, políticas y reconfiguración de lo público; espacios, actores, procesos*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

2017 “La potencia identitaria de la formación en las Escuelas Normales Rurales mexicanas ante el neoliberalismo”, en Teresa González Pérez (coord.), *Identidades culturales y educación; miradas transnacionales*. Valencia: Tirant Humanidades, pp. 97-126.

2016 “La ética convivial del encuentro: un referente experiencial de esperanza para la RedIDyT”, en Susan Street (coord.), *Con ojos bien abiertos: ante el despojo, rehabilitemos lo común (un encuentro*

- de colectivos a propósito de Iván Illich*). Guadalajara: Cátedra Jorge Alonso Universidad de Guadalajara/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 201-228.
- 2015 “La vida como ruptura epistemológica; tránsitos en el devenir hacia el CÍDYT”, en Susan Street (coord.), *Trayectos y vínculos de la Investigación Dialógica y Transdisciplinaria: narrativas de una experiencia*. Cuernavaca Morelos: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 207-228. <http://www.crim.unam.mx/web/node/279>
- 2009 *Diálogos sobre políticas de federalización de la educación. Foros Regionales del Consejo Mexicano de Investigación Educativa*. México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- 2008a “Un recuento autoetnográfico: la representación y la reflexividad a prueba en la investigación del movimiento magisterial democrático”, *Sinectica*, núm. 30, pp. 105-122. <https://sinectica.iteso.mx/index.php/SINECTICA/article/view/194/187>
- 2008b “El género como categoría para repensar al sujeto popular: dos generaciones en el activismo femenino del magisterio democrático mexicano”, en Luz Elena Galván Lafarga y Oresta López Pérez (coords.), *Entre imaginarios y utopías: historias de maestras*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Publicaciones de la Casa Chata / El Colegio de San Luis / Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género, pp. 395- 420.
- 2003 “Representación y reflexividad en la (auto)etnografía crítica, ¿voces o diálogos?”, *Nómadas*, núm. 18, pp. 72-79.
- 2002 “Los maestros democráticos y mis voces femeninas ocultas (narrando mis partes blancas, mestizas e indias)”, *Sinectica*, núm. 20 (enero-junio), pp. 13-18.
- 2000 “Trabajo docente y poder de base en el sindicalismo democrático magisterial en México (Entre reestructuraciones productivas y resignificaciones pedagógicas)” (ediciones en español y portugués), Pablo Gentili y Gaudencio Frigotto (eds.) en *Educacao, trabalho e exclusao social na América Latina*. Buenos Aires: Consejo

- Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 177-213. [Segunda edición: CLACSO / Cortez Editora, 2001].
- THE PERSONAL NARRATIVES GROUP
1989 *Interpreting women's lives; feminist theory and personal narratives*. Indianapolis: Indiana University Press.
- TILLEY-LUBBS, Gresilda A. y Silvia Bénard Calva (eds.)
2016 *Re-telling our stories; critical autoethnographic narratives*,. Boston: Sense Publishers.
- TILLEY-LUBBS, Kris
2017 *Critical autoethnography and spiritual discovery*. Nueva York: Peter Lang.
- VALDÉS PADILLA, Gisela
2017 *Mujeres en círculos ecofeministas en Guadalajara: cuerpo, experiencia y sanación*. Doctorado en Ciencias Sociales, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente.
- VARELA, Francisco J. y Humberto R. Maturana
1980 *Autopoiesis and cognition; the realization of the living*. Boston: D. Reidel Publishing Company.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.)
1996 *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México: Siglo XXI Editores / Universidad Nacional Autónoma de México.
- WOOLF, Virginia
1929 *A room of one's own*. Inglaterra: Hogarth Press.
- WINTERSON, Jeanette
2011 *Why be happy when you can be normal?* Londres: Jonathan Cape.
- ZEMON DAVIS, Natalie
1995 *Women on the margins: three seventeenth century lives*. Cambridge MA: Harvard University Press.